11013

G. MARTÍNEZ SIERRA

TRIPLEPATTE

COMEDIA EN CINCO ACTOS

DE

Mrs. Tristan Bernard y Alfredo Godfernaux

TRADUCIDA AL CASTELLANO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

TRIPLEPATTE

250925

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

TRIPLEPATTE

COMEDIA EN CINCO ACTOS

DE

Mrs. Tristan Bernard y Alfredo Godfernaux

traducida al castellano por

G. MARTÍNEZ SIERRA

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el día 24 de Diciembre de 1906

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.,
Teléfono número 551

1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BARONESA PEPÍN	SRA. MARTÍNEZ.
JUANITA	PINO.
EUGENIA HERBELIER	CARO.
SEÑORA CREVECOEUR	LASHERAS.
DOLLY	SRTA. PÉREZ DE VARGAS.
MARGARITA	ABAD.
TERESA	BENITO.
LUCÍA	SERVET.
IRENE	NIÑA NOVO.
LA SEÑORITA de la fuente	SRTA. SERVET.
SEÑORA 1.ª	BRÚ.
UNA PARIENTA DE PROVINCIA	DELGADO.
VIZCONDE DE HOUDAN	SR. MENDIGUCHÍA.
BOUCHEROT	RAMÍREZ.
HERBELIER	G.ª LEONARDO.
BOB-BOBY	GONZÀLVEZ.
DOCTOR	CALVO.
ALCALDE	VIGO.
AVRON	CATALÀ.
CHAUFFEUR	ALONSO.
SASTRE	VIGO.
ENRIQUE	SALA.
SANTOS	AGUIRRE.
UN JOVEN	ACUÑA.
UN MOZO	SALA.
CRIADO / UGIER	M. DE SALAS.

NOTA. Aunque son muchos los personajes, como gran parte de ellos no interviene más que en uno ó en dos de los actos, puede el mismo actor encargarse de varios papeles.

ACTO PRIMERO

Un rincón de parque en un balneario. En el fondo, á la derecha, un kiosko que cubre el manantial. En el fondo, á la izquierda, un pabellón que sirve de salón de lectura.

ESCENA PRIMERA

El DOCTOR, EUGENIA; después AVRON

EUG. ¡Ay! Doctor. Buenos días. ¡Sabe usted que he dormido muy mal esta noche!

DOC. Claro. El tratamiento. Tiene usted un temperamento especial, y, naturalmente, el tratamiento le quita á usted el sueño.

EUG. (Suspirando.) ¡Ay! No es el tratamiento el que no me deja dormir.

DOC. ¿Entonces?...

EUG. Son mis preocupaciones, Doctor, mis grandes preocupaciones.

DOC. ¡Qué me dice usted!

EUG. Yo que me alegré tanto cuando mi médico de París me envió á este balneario de moda, después de haberme descubierto en el estómago la misma enfermedad que á la Condesa Alfreda. Y apenas llego, vuelven á empezar para mí los sufrimientos morales. ¡Ah, los sufrimientos morales!

DOC. Sí, sí. ¿Cómo está el señor Herbelier? No le veo en la fuente por las tardes.

EUG. Ya sabe usted que á mi marido no le gusta que nadie le vea. Basta que haya gente en un sitio para que se vaya al opuesto. Cuando en París recibo, no puedo conseguir que venga al salón. Se encierra en su despacho y se duerme. ¡Es insociabilísimo!

DOC. A pesar de lo cual, ha hecho una magnífica fortuna en sus negocios de Banca.

EUG. Sí. Sabe hacer negocios durmiendo. ¡Siempre durmiendo! Y mientras tanto yo tengo que luchar sola.

DOC. Luchar... ¿Contra quién?

EUG. ¡Ay! no lo comprendería usted aunque se lo dijese. Son sufrimientos morales. ¡Ay, Doctor! ¿con qué se curan los sufrimientos morales?

DOC. Andando, andando. Va usted á hacerme el favor de seguir andando un ratito: cuente usted hasta cinco mil. Lo mismo que la Condesa Alfreda. Uno, dos, tres, cuatro... (Eugenia sale contando los pasos.—El Doctor á Avron, que aparece á la izquierda en la puerta del salón de lectura.) Sabe andar, sabe andar la buena señora.

AVRON (Acercándose al Doctor.) Ya lo creo. Esa andará todo lo que usted quiera. Se muere por ser elegante. Vamos á ver, Doctor, ¿de veras es tan sano eso de dar paseos?

DOC. El que no anda no digiere.

AVRON Lo que me choca es que usted, que tanto recomienda la marcha, no se mueve nunca.

DOC. Por lo tanto, digiero muy mal. Pero detesto la marcha, y con tal de no andar, prefiero que me duela el estómago.

AVRON Afortunadamente los enfermos no piensan como usted.

DOC. Es que los enfermos tienen un médico que le obliga á andar. Un médico que tiene autoridad sobre ellos. Yo no tengo autoridad ninguna sobre mí mismo. No me inspiro la menor confianza.

RSC Nell

ESCENA II

DICHOS y BOUCHEROT

BOU. (Entrando por la derecha.) Buenos días, Avrón. Doctor, en este momento voy á empezar la cura. ¿Comienzo el paseo?

DOC. Sí, sí. Un cuarto de hora largo en dos sesiones. Y entre las dos, tome usted medio vaso de agua. Como es el primer día, no llegue usted al cansancio. En cuanto sienta usted un poco de calor, afloje usted el paso, pero sin detenerse.

BOU. Gracias, Doctor, gracias. (Se dirige á la fuente.)

DOC. Hasta la vista, querido amigo. (A Avrón.) ¿Quién es ese caballero con quien acabo de estar tan amable?

AVRON Creí que le conocía usted.

DOC. Ha debido venir á la consulta. Y como me molestaba no acordarme de su nombre, he estado más amable con él que con otro cualquiera. Parece que trata aquí á mucha gente de la buena sociedad.

AVRON Ya lo creo. Está en relaciones con la flor y nata de los bañistas. Es un usurero.

DOC. ¡¡Ah!!

AVRON Sí. Como digiere bastante mal, aprovecha el negocio para ponerse en cura. Tiene la misma especialidad que usted. Usurero para dispépsicos.

ESCENA III

DICHOS y DOLLY

DOLLY (Entrando.—A Boucherot que está bebiendo un vaso de agua.) No se emborrache usted. (Al Doctor.) Míreme usted, Doctor. Ando, ando, ando.

DOC. ¿Y quién le manda á usted andar, si no está usted enferma del estómago? (A Avron.) Presento á usted á la señorita Dolly, nuestra

prima-donna del Casino. (A Dolly.) El señor Conde de Avron.

AVRON (Inclinándose.) Señorita.

DOLLY Caballero. (Se echan á reir los dos.)

DOC. ¿Por se que ríen ustedes?

DOLLY Porque nos conocemos.

DOC. ¡Ah!

DOLLY Te traigo la gran noticia.

AVRON Ya la sé.

DOLLY Imposible.

AVRON Triplepatte va á llegar dentro de un momento.

DOLLY No va á llegar.

AVRON ¿Ha llegado?

DOLLY Ha llegado.

AVRON ¿Usted conoce á Triplepatte, Doctor?

DOC. ¿Es al señor Vizconde de Houdan al que llaman ustedes así?

AVRON Sí; es el nombre de uno de sus caballos de carrera que se paraba siempre, y al que había que hacer saltar los obstáculos á latigazo limpio. Si le conociera usted, vería usted que el mote está muy bien puesto.

DOC. Sí que es verdad. Ahora recuerdo. En invierno vivo en París enfrente de su casa. No le visito, generalmente, pero una vez me hizo levantar á media noche como si estuviese en peligro de muerte. Y cuando llegué á su casa, me preguntó que á qué baños le convendría ir cuando llegase el verano. Le dije que á Luchon, y se ha marchado á Ostende.

DOLLY Eso es muy suyo. Pero, á pesar de todo, es muy buen muchacho.

DOC. ¿También le conoce usted?

AVRON (Riéndose.) Un poco.

DOC. ¡Ah!

DOLLY Hace tres meses.

AVRON Y sujetar tres meses á Triplepatte, es difícil.

DOLLY Nunca estamos juntos.

AVRON Y cuando lo estéis debe ser divertido, ¿eh?

DOLLY Es un muchacho más amable de lo que la gente se figura.

AVRON De todos modos, no es muy exigente que

digamos. Ya llevas tres semanas en libertad absoluta.

DOLLY Eso prueba que tiene confianza en mí.

AVRON Y sobre todo que no es celoso.

DOC. El ser celoso fatiga demasiado.

DOLLY Y si me ha dejado tres semanas sola es por pura casualidad. Desde que llegué aquí le estoy esperando todos los días. He bajado más de quince veces á buscarle. Ahora ya no bajaba porque los empleados se burlaban de mí. Me llamaban el ómnibus de la estación.

DOC. ¿Y por qué ha tardado tanto en venir?

AVRON Porque es Triplepatte.

ESCENA IV

DICHOS y BOB-BOBY

BOBY (Entrando.) Buenos días, Avron. ¿Sabes que ha llegado Triplepatte en el tren de las tres y cuarenta? Viene detrás de mí.

AVRON Otro amigo de Triplepatte. ¿Conoce usted á Bob-Boby?

DOC. No tenía ese gusto.

AVRON El señor Bob-Boby, cronista mundano. Escribe con el pseudónimo de *Muselina* en varios periódicos, y sus artículos llaman justamente la atención.

BOBY Eres muy amable. (Se dirige hacia la fuente.)

AVRON (Bajo al Doctor.) Es un pobre hombre que pasa los mayores trabajos del mundo para escribir en francés.

DOC. ¿Es extranjero?

AVRON No. Ha nacido en Turena, en pleno jardín de Francia. Es de muy buena familia, y ha venido á menos. Para ganarse la vida va á las reuniones del gran mundo. Hace que le corrija los artículos un amigo suyo que es alemán.

BOBY Ahí viene Triplepatte.

AVRON ¡Ah!

DOC. El mismo!

ESCENA V

DICHOS y el VIZCONDE DE HOUDAN

VIZC. (Entrando.) Aquí estoy. Aquí está Triplepatte. Regocijaos, que ya he venido.

DOLLY Buenos días.

VIZC. (Malhumorado.) ¡Qué cara más satisfecha pone el Doctor! Claro, ha conseguido lo que quería. Traerme á su maldito balneario para acabar de fastidiarme. Pero no le saldrá á usted la cuenta. De seguro reviento aquí escandalosamente, y bonita fama voy á darle á la estación termal.

DOC. (A Bob Boby.) ¡Pobrecillo! Se figura que está enfermo de muerte. (Al Vizconde.) Le aseguro á usted que no tiene usted nada. Un poco de cansancio...

VIZC. Tengo un estómago lamentable.

DOC. Pero está usted muy bien.

AVRON Admirablemente.

BOBY Tiene una salud maravillosa.

VIZC. ¡Qué saben ustedes!

DOC. ¡Hombre! Yo...

VIZC. Usted menos que nadie.

DOC. ¿Qué se ha hecho de aquella hermosa confianza que tenía usted en mí?

VIZC. Confianza sí tengo. Pero, desgraciadamente, es usted médico. Se ha acostumbrado usted al sufrimiento humano, y ya no le importa á usted ver sufrir. Finge usted burlarse de mi enfermedad porque es usted amigo mío. Pero en el fondo le tiene á usted completamente sin cuidado. En el ejercicio de su maldita medicina ha perdido usted toda sensibilidad. La única ventaja es que ha estudiado usted. (Con mucho asombro á Avron.) Ha estudiado.

AVRON Sabe los nombres de las enfermedades...

VIZC. Y puede usted decir con toda solemnidad: tal cosa es refrescante, tal cosa no lo es. Pero, precisamente, muchas de las cosas que

á otros les refrescan á mí me acaloran. Usted, naturalmente, se ríe. Yo le digo á usted que el café puro me da dolor de estómago, y se contenta usted con responderme: es una idea que usted tiene.

DOC. Claro que es una idea.

VIZC. Pues cúreme usted la idea.

DOC. El único medio de curarle á usted todas las ideas de esa clase es que piense usted un poco menos en su interesante persona.

VIZC. ¡Ay, ojalá pudiera! Si cree usted que me divierte pensar en mí mismo...

DOLLY Voy á los caballitos. Vé á buscarme al hotel y comeremos juntos. (Sale Dolly.)

DOC. La solución se impone. Necesita usted casarse.

VIZC. (Asustado.) ¡Casarme! ¡Casarme yo!

DOC. ¿No ha pensado usted nunca en ello?

VIZC. Necesitaría encontrar un alma hermana de la mía, que se interesase mucho por mí.

DOC. Más valdría que usted se interesase mucho por ella. Una mujercita á quien querer. Acabaría usted por preocuparse de la salud de ella en vez de estar siempre cavilando en esas enfermedades imaginarias. Más vale tener inquietudes por la salud ajena que por la propia. En primer lugar duelen menos.

VIZC. Puede que tenga usted razón. Muchas gracias por el consejo. (Se levanta.) Pero allí veo venir á Boucherot, mi fiel tesorero, á quien necesito pedir un consejo... de otra clase. ¡Boby!

BOBY ¿Qué quieres?

VIZC. ¿Dónde vas?

BOBY En seguida vuelvo. Voy á tomar la ducha.

VIZC. ¿Sigues el tratamiento? ¿Te sienta bien?

BOBY Me cansa mucho. Pero no hay más remedio.

VIZC. ¡Ay, Boby, Boby! También tú andas bastante echado á perder. Hasta la vista. Tengo que hablar con Boucherot.

BOBY Yo he hablado con él esta mañana.

VIZC. ¡Ah! ¿y qué tal se presenta?

BOBY Conmigo, muy mal. Contigo, supongo que estará más amable, porque le debes mucho

dinero. A mí una vez me prestó dos mil francos, cometí la torpeza de devolvérselos, lo cual le pareció sospechoso, y ahora ya no quiere nada conmigo.

VIZC. Sí: supongo que se dejará convencer. Pero va á poner muchas dificultades, y me molesta gastar conversación.

BOBY Bueno, hasta la vista. (Sale Bob-Boby.)

VIZC. (Mirando entre bastidores.) Ya viene. ¡Qué cara más fea tiene un hombre á quien va uno á pedir dinero! (A Boucherot que aparece.) Buenos días, Boucherot.

ESCENA VI

DICHOS y BOUCHEROT; después BOB-BOBY

BOU. Buenos días, señor Vizconde. ¿Ha venido usted á tomar las aguas?

VIZC. Creo que sí. Hay aquí un médico que no parece malo. Acaba de decirme unas cuantas cosas muy razonables. (Cambiando de tono.) Oiga usted, Boucherot. Tengo mucho gusto en hablarle á usted de mi salud; pero tranquilamente, sin tener la preocupación de pedirle dinero después. Necesito doce mil francos. Se lo digo á usted, así, de repente, para que se dé usted prisa á poner mala cara y acabemos.

BOU. Señor Vizconde, de sobra sabe usted que es imposible.

VIZC. No es usted nada amable. Ya sabe usted que no sirvo para discutir, que me hace daño porfiar. Cuando le pido á usted dinero no debía usted negármele. Es usted muy molesto.

BOU. Pero señor Vizconde, me debe usted...

VIZC. No empiece usted á decirme cosas desagradables. Ya sé que le debo á usted bastante. Pero no me quiero acordar. Me fastidia mucho, mucho, deberle á usted tanto. Pero á usted, ¿qué le importa? Después de todo es un dinero que acabará usted por cobrar.

Mientras que yo, ¡pobre de mí! tendré que acabar por pagarlo.

BOU. Ya sabe usted que la señora Canonesa, su tía de usted, dice que no responde.

VIZC. Claro que lo dice. De sobra sabe que si dijera que responde, yo abusaría. Pero de sobra sabe usted también que acabaremos por pagarle. Yo le deseo á usted que sea lo más tarde posible, porque el dinero que me presta usted á mí le produce muy buenos intereses, y estoy seguro de que no vuelve usted á encontrar un negocio como éste. Ya sé que algunas veces no se le dan á usted muy bien las cosas. Ya sé lo que le ha costado á usted Clementito, que lleva ya arruinados á cinco usureros. Porque aunque acostumbramos á decir que ustedes explotan á los hijos de familia, la verdad es que hay hijos de familia...

BOU. Si le dijera á usted lo que llevo perdido en cinco años...

VIZC. (Deteniéndole con un gesto.) No ha sido tanto. No sea usted imposible. Necesito doce mil francos para acabar el mes.

BOU. Le aseguro á usted que en este momento...

VIZC. No los tiene usted, ya lo sé. Pero de todos modos, me los va usted á dar.

BOU. Me parece que no. Y, además, señor Vizconde, ¿en qué va usted á gastarlos?

VIZC. ¿Cómo que en qué voy á gastarlos?

BOU. Si estuviera seguro de que son los últimos... Acaba uno por desesperarse. Es preciso que cambie usted de vida. En cuanto encuentre usted una buena novia la señora Canonesa pagará todas las deudas.

VIZC. ¿Y qué?

BOU. Es preciso que usted se case. Claro es que tengo un buen crédito contra usted; pero, ¿de qué me sirve, si no me llega nunca la hora de cobrarle?

VIZC. Tiene usted razón.

BOU. Y no quiero cedérselo á otro, que abusaría.

VIZC. Es usted muy amable.

BOU. Dicen que presto dinero por especulación.

Algo hay de eso. Pero, además tengo mucho gusto en hacer un favor, (Gesto del Vizconde.) cuando puedo. Si un negocio conviene, si no es muy arriesgado, ¿qué mayor placer para mí que decir á un joven: puede usted contar conmigo? Desgraciadamente, después de haber sido el amigo que presta... soy el amigo que reclama... y entonces...

VIZC. Le aseguro á usted que no tengo inconveniente ninguno en cambiar de vida ¡Si se figura usted que me divierte el vivir como vivo! ¡Hay días en que me aburro de un modo espantoso! Si tuviese al lado una persona que se aburriese conmigo, tal vez me aburriría menos. Si me encuentran ustedes una novia, no diré que no; pero tienen ustedes que buscármela: ¡yo no me voy á ocupar de eso! (Con espanto.) ¡La idea de encontrarme frente á una señorita, ¡de hablarla! ¡de llevarla al altar! ¡de hacer con ella un viaje á Italia! me horroriza! Si pudiera dormirme y despertar después del matrimonio... ¡después del viaje de novios! Así me encontraría con una persona conocida sin haberme tenido que tomar el trabajo de irla conociendo poco á poco.

BOU. Señor Vizconde, le aseguro á usted que le encontraremos no una novia, diez.

VIZC. Es que hay una complicación.

BOU. ¿Cuál?

VIZC. Tengo que casarme con una prima mía, Irene de Houdan de Crevecoeur, que está comprometida conmigo desde la cuna.

BOU. ¿Es rica?

VIZC. Riquísima.

BOU. ¿Entonces?

VIZC. Desgraciadamente no puedo casarme con ella en seguida.

BOU. ¿Por qué?

VIZC. Porque no tiene más que seis años.

BOU. ¡Seis años!

VIZ. Cuando hace veinte Miss Roberts, su madre, se casó con mi tío de Houdan Crevecoeur... se convino en que si no tenían más

que hijas, yo me casaría con la mayor para conservar el nombre.... Pero la niña... nació con catorce años de retraso. Es un compromiso de honor; una palabra dada por mi padre: si falto á ella, ¿qué dirán de mí? Por otra parte, para casarme con mi prima, tengo que esperar doce años... y esto no le tiene á usted cuenta... ni á mí tampoco.

BOU. ¡Claro que no! (Examinándolo de pies á cabeza.) Usted no puede esperar doce años.

VIZC. Por lo cual es preciso que encuentre otra mujer y que me sustraiga á la vigilancia de los Crevecoeur; será difícil. Mi pobre tío ya no es de este mundo, pero está mi tía, la terrible Roberts, la hija del comerciante en petróleo, la madre de la niña de seis años. ¡Le aseguro á usted que me vigila escrupulosamente! A Dios gracias no sabe que estoy aquí.

BOU. Hasta la vista, señor Vizconde...

VIZC. ¿Puedo contar con usted, Providencia?

BOU. ¡Por esta vez, bueno! (Vase.)

VIZC. ¡Gracias! (Entra Bob-Boby.) Corta ha sido la ducha.

BOBY ¿Le has sacado algo?

VIZC. Todavía no... pero...

BOBY Si lo consigues, cuento contigo para un favor insignificante.

VIZC. Sí; pero temo que no lo voy á conseguir... (Muy alegre.) ¡Este Boby! ¿Quieres cenar esta noche conmigo?

BOBY No; estoy invitado en el Círculo, y después voy á casa de los Herbelier.

VIZC. ¿Los Herbelier?

BOBY Comerciantes ricos, muy ricos. La señora muy aficionada á la sociedad. Al marido le llaman El Elefante Blanco, porque todo el mundo habla de él y nadie le ve nunca. Tiene en París, Avenida del Bosque, un palacio, todo de mármol rosa... parece de foiegras: aquí la villa más linda del contorno. ¡¡Los Cipreses!!

VIZC. ¿Y qué vas á hacer tú á esos cipreses?

BOBY ¡Mi oficio! Soy cronista de salones.

VIZC. ¡Ah, sí: me lo habían dicho! ¿Firmas?

BOBY «Muselina». Y no creas, me fastidia mucho tener que ir esta noche. La señora Herbelier debe estar enfadada conmigo por un artículo en que le prometí hablar de ella... y no he podido.

VIZC. Siquiera tú trabajas... no eres un ser inútil.

BOBY ¡Qué le voy á hacer!

VIZC. (Tendido en un sillón.) Trabajas, luchas... La vida es un combate. Yo no sirvo para nada... y voy á tener que casarme por fuerza. ¿Sabes de una mujer que me convenga?

BOBY No: pero mira hacia la derecha.

VIZC. ¡Cielos! ¿Está aquí la Baronesa?

BOBY Sí. Está hablando con los Verrier.

VIZC. ¡Esta sí que me casa, me casa de seguro! Huyamos. (Se levanta y se dirige á la izquierda.)

BOBY Pero, ¿por qué te marchas si dices que te quieres casar?

VIZC. Es que todavía no me he decidido. Hablo de casarme porque lo veo lejos; pero si la Baronesa está aquí, el peligro se hace inminente. Es una mujer terrible. Ha conocido á mi padre y á mi madre: me ha visto nacer: cuando me habla la mando á todos los diablos... pero me es muy difícil dejar de obedecerla.

BOBY Sí, cuando la Baronesa se empeña en casarle á uno, no hay manera de defenderse. Ha casado á Loyrac, que era recalcitrante furioso.

VIZC. Ya lo sé, ya lo sé. Y á Restuí, que acababa de divorciarse para verse libre.

BOBY Y que ahora es más esclavo que nunca.

VIZC. Y que ya no podrá divorciarse otra vez. ¿Para qué? Le volvería á casar la Baronesa.

BOBY Cuando se le pone una cosa entre ceja y ceja...

VIZC. Sí, sí... más vale que me vaya. Pero, ¿haré bien en irme? Lo dudo. (Vacila.)

BOBY Ya no tienes qué dudar. Te ha visto. Se precipita sobre tí.

ESCENA VII

DICHOS, la BARONESA

BAR. (Con volubilidad.) ¡Ay, señor, qué sorpresa! ¿Tú aquí? ¡Monstruo! ¡Malvado, malvado! ¿Es posible que exista un hombre tan vil como este? ¡No lo quiero ver, no lo quiero ver! (El Vizconde protesta cortesmente.) ¡No le quiero ver! ¡Yo, que le quiero tanto! ¡Yo que quise tanto á su pobre padre... tanto! ¡Ni una palabra en todo el invierno, ni una tarjeta, una miserable tarjeta que deja uno en la portería! ¡Eso, Roberto, no lo olvidaré nunca, no lo perdonaré nunca! ¡Se acabó, se acabó todo entre nosotros! (Cambiando de tono.) ¿Dónde paras?

VIZC. En el hotel.

BAR. ¿En qué hotel?

VIZC. No lo sé.

BAR. (Imitándole.) No lo sé.

VIZC. Hace un momento, en la estación, un hombre gordo me ha metido en un ómnibus.

BAR. (A Bob Boby.) ¡Es él! ¡Es él! ¡Como siempre! «Un hombre gordo me ha metido en un ómnibus.» ¿Y á dónde te han llevado el hombre y el ómnibus?

VIZC. A un hotel. Ahí abajo.

BAR. (A Bob-Boby.) Al Hotel de Inglaterra. (Al Vizconde.) ¿Es el Hotel de Inglaterra?

VIZC. No diré que no.

BAR. ¿Y has venido solo?

VIZC. Creo que sí.

BAR. ¿No traeremos ningún hilo atado á la pata? (A Bob-Boby.) Usted que sabe su vida, hágale usted traición. ¿No trae ningún hilito atado á la pata?

BOBY Ninguno.

BAR. ¿No venimos en compañía de una mala persona? ¿Somos sinceros? ¿Somos verídicos? ¿Al rimos de par en par el corazón? Perfectamente. Eres un buen muchacho; tienes

sentimientos cristianos, buena educación... y te vas á sentar un minutito aquí, á mi lado...

VIZC. (Bajo á Bob-Boby.) Caí en la trampa.

BAR. (Al Vizconde.) Ponte el sombrero. (A Bob-Boby, que también se dispone á sentarse.) Amigo Boby, puesto que va usted camino del tennis, me hará usted el favor de decir á la señora Herbelier que pase por aquí al volver á su casa. Gracias. (Bob-Boby se levanta. Al Vizconde.) Y ahora pasemos á otro asunto. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintiocho?

VIZC. Un poco más.

BAR. ¿Veintinueve?

VIZC. Más.

BAR. ¿Treinta?

VIZC. Más.

BAR. ¿Treinta y uno?... ¿Treinta y dos? ¡Treinta y dos! ¡No lo he oído!... Treinta y dos años. Bueno, más cerca de treinta... que de veinticinco. Otro capítulo... Atención... ¿Deudas?

VIZC. Sí.

BAR. ¿Pocas... muchas?

VIZC. ¡Muchas!

BAR. ¿De las que asustan?

VIZC. Si es uno muy valiente...

BAR. De las que no asustan. Comprendido... Además, ya sabemos que la Canonesa, la incomparable Canonesa, responde. Vamos, vamos. (Se golpea la frente.) Todo aquí dentro... ¡Todo olvidado! ¡Este muchacho es un buen muchacho! ¡Hará muy feliz á su mujercita!

VIZC. ¿Es que tiene usted intención?...

BAR. Silencio, yo no tengo nunca intenciones. ¡Silencio! ¿Intenciones, yo? No hablemos más. Y déjame decir dos palabras á esa señora que viene. (El Vizconde se dirige á la fuente.) ¿Dónde vas?

VIZC. A tomar el agua.

BAR. Ahora, no. Delante de señoras no se toma el agua... No se sigue ningún tratamiento. ¡A escondidas!... ¡De noche! Vete. Me perteneces.

VIZC. Pero...

BAR. ¡Me perteneces!

VIZC. Le pertenezco.

ESCENA VIII

La BARONESA y EUGENIA

BAR. Buenos días, querida.

EUG. Buenos días Cuanto me alegro de verla á usted. Vengo de acompañar á Juanita al tennis.

BAR. ¡Juanita!... ¡Es encantadora su hija de usted, encantadora!

EUG. Sí, pero no es como yo la quisiera. ¡No! ¡Me gustaría que fuese un poco más aficionada á la sociedad! ¡Se parece á su padre!

BAR. Ya se aficionará, no tiene más que diez y ocho años. ¡Es encantadora, se lo juro á usted!

EUG. (Con falsa modestia.) Es como las demás, como todas las niñas de su edad.

BAR. Como todas, pero se lleva la palma; se lo digo á usted yo que lo entiendo. ¡Sí señora, sí!

EUG. ¡No le gusta la sociedad! Estoy desconsolada... Pero por otra parte pienso que más vale así... para ella. Así no sufrirá como su madre... ¡no sufrirá por lo que nos sucede!

BAR. ¿Qué les sucede á ustedes?

EUG. ¡Decepciones! ¡Decepciones horribles!

BAR. ¡No puede ser! (Haciéndola sentar á su lado.) ¡Cuénteme usted! ¡Confíe usted en mí!

EUG. ¡Qué buena es usted! (Muy conmovida.) Estoy desesperada... ¡Nadie quiere tratarse conmigo!

BAR. ¡Ideas de usted!

EUG. ¡Ay, no! ¿Y por qué? Mi marido es un hombre honrado. Ha ganado su fortuna por medios lícitos.

BAR. Indudablemente. Tal vez por eso. Los que tienen algo que hacerse perdonar se creen obligados á ser más amables... Se multipli-

can... ponen de su parte... prestan servicios á todo el mundo...

EUG. Es inconcebible lo que hay que luchar para tener buenas relaciones.

BAR. ¿Tiene usted ya muchas?

EUG. ¡No tantas como debiera, no tantas! ¡Ay, querida Baronesa! ¡Cuántas decepciones! ¿Se ha enterado usted de nuestra desgracia en la exposición canina? (Trágicamente.)

BAR. ¿Desgracia? Hable usted. ¿Qué ha pasado? ¡Ya sabe usted que soy su amiga!

EUG. Tres perros preciosos. ¡Soberbios!... ¡Y ni siquiera una mención!

BAR. (Compasiva.) ¡Oh!

EUG. Y ayer, ¿ha visto usted el último número de *El ama de casa?*

BAR. Sí. ¿Qué hay?

EUG Hay que el señor Bob-Boby, unas cuantas semanas antes de mi gran comida, me dijo que estaba preparando un artículo sobre las manos de las mujeres elegantes. Me pidió una fotografía de mi mano: le envié nueve. Y esta mañana aparece el artículo sin fotografía y sin que siquiera cite mi nombre. (Casi llorando.) He llorado ¿por qué no decirlo? ¡He llorado! (Se esfuerza por no sollozar.)

BAR. ¡Pobrecilla! ¿Un caramelo? ¿Y Su Santidad? ¿Qué dice de ese título de Conde?

EUG. (Comiendo el bombón con desesperación.) ¡Hay siete mil solicitudes! Por muy bien que vayan las cosas tenemos espera para tres años.

BAR. ¿Y los Príncipes? ¿Creo que á su marido de usted le han presentado?

EUG. Sí; en una partida de caza, organizada por el Barón Neftalí. El Barón dijo á los Príncipes: el señor Herbelier, y eso fué todo. Ya sabe usted cómo es mi marido. En cuanto le presentaron se separó de todo el mundo y se divirtió cazando cuanto pudo, en lugar de quedarse al lado de los Príncipes hasta que hubiesen acabado por hablarle para decirle cualquier cosa, aunque no hubiera sido mas que: usted dispense, al darle un tropezón.

BAR. Sí, sí...

EUG. Es un hombre imposible. Podía ayudarme: tiene buena figura, un aire distinguido, mucho más distinguido que yo... Yo, cuando me arreglo parece que llevo encima los trapitos de cristianar, parece que me visto con demasiada ostentación, con demasiada suntuosidad... Y cuando voy sencilla parezco una cualquiera.

BAR. No, por Dios. ¡Le aseguro á usted que no! (La examina.) Está usted elegantísima. ¡Pero elegantísima! ¡Y nada llamativa!

EUG. ¡Qué amable es usted!

BAR. Y además por muy bien que se vistiera usted, la situación sería la misma. Lo que á usted le hace falta es una buena boda para Juanita. Pero ¿dónde encontrar el novio? ¿Dónde? Ahí está el quid. ¿Qué dote le darían ustedes?

EUG. Creo que si se presentara una buena proporción mi marido estaría dispuesto á llegar á millón y medio.

BAR. Millón y medio contante y sonante, ¡eh! Nada de renta...

EUG. (Con orgullo.) ¡Nada de renta! ¡Millón y medio!

BAR. Empiezo por decirle á usted que si la persona en quien pienso... en quien pienso vagamente... en quien sueño, puede decirse... consintiese en oir hablar de semejante cosa, no preguntaría la cifra de la dote. ¡Eso no significa nada! ¡No faltaría más! De modo que puedo decir... dos millones.

EUG. ¡Dos millones!

BAR. Precisamente. Cantidad redonda. ¡Millón y medio parece mucho menos! Si se le añade medio millón á millón y medio casi no es nada y parece mucho... Mientras que si se quita medio millón de dos millones ¡la disminución parece enorme! ¿Comprende usted el matiz?

EUG. (Por cortesía.) Sí. (Decidida.) Mi marido dará los dos millones. Pero, me gustaría saber á quién.

BAR. No sé si debo... ¡en fin! A usted se lo digo

por ser usted ¿Ha oído usted hablar del Vizconde de Houdan?

EUG (Conmovidísima.) ¿Houdan? ¡Houdan! ¿Habla usted en serio?

BAR. (Para calmarla.) ¡Vamos, vamos!

EUG. ¿Houdan? Pero, ¡es un nombre histórico!

BAR. ¡Casi, casi! Si la historia no se ocupa más de los antepasados de Roberto es porque fueron gentes que no dieron que hablar.

EUG. ¡Pero lo que me ofrece usted es un sueño!

BAR. ¡El ideal! ¡Un muchacho amabilísimo! ¡Tan bien emparentado! ¡No ejerce ninguna carrera! Todas son ventajas.

EUG. ¿Qué edad tiene?

BAR. Más cerca de los treinta que de los veinticinco. Muy buena figura, sin ser lo que se llama un hombre guapo... De seguro que no le gustaría á usted un hombre guapo para yerno, ¿verdad? Pero tiene buena figura... Voy á hacerle á usted su retrato en dos palabras. Es el verdadero caballero francés... ¡el caballero francés moderno! ¿Quiere usted que le diga lo que siento? el Vizconde y Juanita han nacido el uno para el otro.

EUG. No se conocen.

BAR. Pero los conozco yo. ¿Me autoriza usted á dar un poco de esperanza á mi candidato?

EUG ¿Está aquí?

BAR. Aquí. ¿Le extraña á usted? ¿No sabe usted que soy omnipotente?

EUG. ¡Es usted un hada!... ¡Pero esto es un sueño! Monseñor Rouget bendecirá el matrimonio. Y si no quiere siempre habrá el recurso de acudir al arzobispo de Jericó.

BAR. Y, vamos á ver. ¿Cuándo presento yo el Vizconde á nuestra encantadora Juanita? Porque antes de casarse, convendrá que se vean.

EUG. En casa recibimos todos los martes por la noche; hoy es martes ¡de hoy en ocho! pero acaso sea tardar demasiado.

BAR. ¿Y por qué no hoy mismo?

EUG. ¿Aceptaría?

BAR. No hay que perder tiempo. El Vizconde está muy solicitado.

EUG. (Levantándose precipitadamente.) ¡Dios mío! ¡Y si se nos escapa! ¡Pronto, pronto!

BAR. Envíele usted una invitación al Hotel de Inglaterra Venga usted conmigo; en el pabelloncito encontraremos recado de escribir. Se le llevaré á usted esta noche; se le presentaremos á Juanita y no nos quedará sino dejar que hablen los corazones. ¡Vamos, vamos deprisa! (Entran en el pabellón.)

ESCENA IX

El VIZCONDE, un CHAUFFEUR, la SEÑORITA de la fuente, la CONDESA DE CREVECOEUR y la BARONESA

CHAU. (A la Señorita de la fuente.) Buenos días. ¿Hace usted el favor de darme un vaso de agua?

SEÑ. ¿Qué tal el tratamiento?

CHAU. Regular. Lo malo es que no puedo venir todos los días. La señora Condesa de Crevecoeur, mi ama, vive á quince kilómetros de aquí, y hay un buen rato de camino.

VIZC. (Entrando por la derecha.) Que quieran ó que no, yo tengo que tomar el agua.

SEÑ. (Al Vizconde.) Caliente ó fría.

VIZC. ¿Hay agua caliente y agua fría? ¡Válgame Dios! ¡Cualquiera escoge!... Si mezclara la fría con la caliente.., Pero tibia me va á sentar mal... ¿Fría ó caliente? (Tira una moneda al aire.) Si sale cara la tomo caliente. (Se baja á mirar.) Cara. (Después de vacilar una vez más.) Démela usted fría.

CHAU (A la señorita de la fuente que le da un vaso de agua.) Hoy he podido venir porque he traído en el automóvil á la señora Condesa, y me ha encargado que de paso busque en el Hotel á un señor que se llama... de Houdan, creo que ha dicho.

VIZC. (Que ha oído las últimas palabras del Chauffeur.) ¡Ah!

CHAU. Sí, un caballero que tiene que casarse con la hija de mi señora... dentro de doce años, cuando esté pasado del todo.

SEÑ. ¿Dentro de doce años?

CHAU Sí, porque la novia es una rapaza de seis, monísima, y que ha sacado todo el mal genio de su madre. Afortunadamente, la mamá grita más alto que la niña desde que amanece hasta que anochece, y no se la oye. Por lo demás, la casa es muy tranquila. ¿No ha visto usted por ahí á ese Vizconde de Houdan?

SEÑ. No, no le conozco.

VIZC. (Al Chauffeur.) Pero le conozco yo... y puedo decirle á usted que se ha marchado.

CHAU. ¿Que se ha marchado?

VIZC. Sí, se ha marchado... muy lejos. Puede usted decírselo á su señora.

CHAU. Está bien. Me alegro de saberlo. Con eso volveremos antes á casa. Hasta mañana, señorita. Muchas gracias, caballero. (Se aleja encendiendo un cigarrillo.)

VIZC. (A la Señorita.) ¿Viene aquí á menudo la señora de ese chauffeur?

SEÑ. No la he visto nunca... Y eso que conozco á todo el mundo.

CHAU. (Viendo á la Condesa de Crevecoeur.) ¡La señora! (Apaga el cigarrillo precipitadamente.)

CON. (Entrando. Al Chauffeur, con marcadísimo acento inglés.) ¿Ha visto usted á ese caballero?

CHAU. No, señora.

CON. Me han dicho que ha llegado.

CHAU Sí, señora, ha llegado; pero se ha vuelto á marchar... muy lejos.

CON. No es posible. ¿Quién se lo ha dicho á usted?

CHAU. Otro caballero.

CON. ¿Y cómo lo sabe ese otro caballero?

CHAU. La señora Condesa puede preguntárselo á él mismo. Es aquel que está allí, en la fuente.

CON. Bien. Voy á pedir detalles! (Se acerca al Vizconde.) ¡Perdón, caballero! Caballero, hace usted el favor. (El Vizconde se vuelve y los dos se miran sobrecogidos.)

VIZC. ¡Mi tía!

CON. ¡Verdaderamente no es usted un muchacho serio! ¡Gracias á que aun le faltan doce años para ser cabeza de familia!...

VIZC. (Amable.) Buenos días, tía.

CON. (Muy seria.) ¡Buenos días! Me parece, Roberto, que huía usted de mí.

VIZC. Le juro á usted...

CON. No me gusta la conducta de usted para conmigo. En primer lugar, no me escribe usted nunca...

VIZC. ¿No recibió usted carta mía... el día de Año Nuevo?

CON. El día de Año Nuevo... hace dos años. ¿De modo que para escribirme es preciso que llegue el Año Nuevo... cada dos ó tres años? ¿No me considera usted como madre de su futura esposa? ¿Olvida usted todos sus deberes? ¡Y, sin embargo, es usted un Houdan, Roberto!

VIZC. Ya lo sé.

CON. No. No lo sabe usted bastante. Hay que decirle á usted á todas horas que el último de los Houdan debe casarse con la última de los Crevecoeur. Usted debe pensar constantemente en su familia y en su raza. Usted es como muchos nobles de su país, que olvidan demasiado lo que representan.. Sí...los hombres franceses olvidan todo. No saben el valor de los nombres históricos.

VIZC. Afortunadamente las mujeres americanas se encargan de recordárselo.

CON. Porque ellas saben que las nobles costumbres, las nobles maneras, el noble prestigio son una hermosa riqueza que no debe dejarse perder. Por eso vigilo á usted, Roberto. Desde hace un mes sabía que venía usted aquí.

VIZC. Entonces lo ha sabido usted antes que yo.

CON. ¡Sí! Y sé también que lleva usted aquí vida de soltero. ¡Estoy muy contenta!... Es preciso que sea usted feliz estos doce años que aún le quedan de celibato.

VIZC. ¡Doce años! Ya va faltando menos.

CON. Dentro de doce años tendrá usted la alegría de cumplir la palabra de su padre. Pienso que ni usted ni yo tenemos intención de discutirla.

VIZC. (Resignado.) ¡Ya lo ve usted!

CON. Lo espero.

VIZC. La verdad es que el compromiso no me disgusta del todo... porque va para largo: siempre me han gustado los vencimientos á largo plazo.

COND. Esta noche cenará usted conmigo.

VIZC. Esta noche.. no puedo.

COND. ¡Cómo! ¿No puede usted?

VIZC. (Buscando un pretexto) Tengo una cita... con mi médico... á las siete.

COND Pero cenamos á las nueve y de aquí á mi casa no se tardan mas que veinticinco minutos en automóvil.

VIZC. Me parece que...

COND Ni una palabra. (En tono más amable.) Esta noche, Roberto, no podrá usted ver á su novia. ¡Ha crecido mucho! Está así de alta. Pero hoy no la verá usted porque estará en la cama cuando usted llegue. Además, ahora tendrá usted que dispensar un poco por que está mudando los dientes. ¡Hasta luego! Voy á esperar á unos amigos que llegan en el primer tren; el auto va á llevarme á la estación y volverá dentro de un cuarto de hora á buscarle á usted.

VIZC. Le aseguro á usted que me será muy difícil..

COND. No admito disculpas. Me pertenece usted. (Sale.)

VIZC. Es increíble el número de personas á las cuales pertenezco: á mi tía, á Boucherot, á Dolly, á la Baronesa, al Doctor. ¡Solo á mí mismo no me pertenezco! (Entra la Baronesa.)

BAR. ¿Qué es eso? ¿Qué haces? ¿Quieres dejar ese vaso? De día no se toma el agua. ¡De noche, de noche! ¡A escondidas!

VIZC. ¡Si no me ve nadie! ¡Si estamos en un desierto.

BAR. ¡Escucha!

VIZC. ¿Es que se va á cerrar la fuente? ¡Me va usted á hacer perder el primer día de tratamiento.

BAR. Sirva usted á este caballero un vaso de agua caliente, muy caliente.

VIZC. Es que...

BAR. Un momento. Tengo una gran noticia que darte.

VIZC. ¡Ya! ¡No! ¡no por Dios! Tan pronto, no. Es preciso que reflexione.

BAR. No. Más vale que no reflexiones. Tu reflexión es la indecisión... es el caos... Déjame reflexionar por tí. Ya está reflexionado todo. Esta noche vienes conmigo á casa de la señora Herbelier.

VIZC. ¡A casa de la señora Herbelier! ¿Es que me quiere usted casar con la hija del Elefante blanco?

BAR. ¡Qué palabras son esas! ¡Prefiero no haberlo oído! El señor Herbelier tiene doce millones.

VIZC. Y un palacio de foie-gras.

BAR. Y magníficos cotos de caza.

VIZC. ¿Caza mayor?

BAR. Caza de todas clases: caballos, perros...

VIZC. Despues de todo tal vez seré capaz de ser un marido excelente.

BAR ¡Claro que sí! Indudablemente, tienes vocación de casado. Hasta que no te cases siempre estarás indeciso y enfermo. Tu mujercita se ocupará de tí; tú te ocuparás de ella: serás un marido encantador. ¿Vengo á buscarte después de comer, para ir á la Villa de los Cipreses?

VIZC. ¡No! Iré yo solo: allí nos encontraremos.

BAR. ¿De veras? ¡Júramelo!

VIZC. Mas vale que no lo jure, porque el jurar me trae mala suerte. Si juro, de seguro no voy.

BAR. Entonces ¡prometido! Te esperan. He dicho que vas. Ya verás qué bonita es tu novia.

VIZC. No me hable usted de la novia. Es lo que más me asusta cuando pienso en el matrimonio.

BAR. Ahora te estás en casita, como un buen muchacho, hasta que llegue el gran momento. Ya oigo cómo te palpita el corazón. (El Vizconde hace un gesto negativo.) Sí, sí, palpita, palpita.

VIZC. Es que... esta noche tengo que cenar con mi tía.

BAR. ¿Con tu tía?

VIZC. ¡Sí! Con esa parienta americana que quiere que me case con su hija.

BAR. ¿Con quién? ¿Con la chiquilla de seis años? Esa boda es una locura.

VIZC. Y la que usted me propone, ¿qué es?

BAR. ¡Un matrimonio de amor!

VIZC. ¡Si tiene usted la desgracia de volver á pronunciar esa palabra, juro que no voy á casa del Elefante!

BAR. ¡De amor! ¡de amor! Hasta la noche. (Sale.)

ESCENA X

El VIZCONDE, el CHAUFFEUR, la SEÑORITA de la fuente; después DOLLY y la BARONESA

CHAU. ¿El señor es de veras el señor Vizconde de Houdan?

VIZC. Sí. ¿Qué diablos se le ofrece á usted?

CHAU. Es por saberlo. Como hace un momento se burló usted de mí diciéndome que se había usted marchado... Y yo me la he tragado... En fin, tiempo hay de reirse... El automóvil espera al señor Vizconde.

VIZC. ¡Ah! ¿de veras?

CHAU. La señora Condesa espera sin falta al señor Vizconde. No se sentarán á la mesa antes de de que el señor Vizconde llegue. Además tengo el encargo expreso de no volver á casa sin el señor Vizconde.

VIZC. Es que... antes tengo que hacer una visita y no quiero que se moleste usted en esperarme. Márchese usted, y si no he llegado á las nueve y media... ó las diez que se pongan á comer sin mí... ¡Pero sí llegaré!

CHAU. Aunque el señor Vizconde tenga que hacer puedo esperarle cuanto guste, porque mi automóvil va de prisa: es de noventa caballos.

VIZC. (Interesado.) De noventa caballos. (Se vuelve á acercar al Chauffeur.) ¿Cuánto puede usted correr con él?

CHAU. Si el camino está libre y con buena carburación no hay quien me alcance: para dejarme atrás tendrían que ir á ciento veinte, porque yo voy á ciento diez y pico.

VIZC. ¡A ciento diez!

CHAU. Sí señor, lo mismo que lo digo.

VIZC. Me entran ganas de ir con usted. Espéreme usted ahí á la puerta, en seguida salgo; prepare usted la máquina. (Se acerca á la fuente y coge el vaso: entra Dolly y se le quita de la mano.)

DOLLY No bebas eso, que te va á quitar el apetito. He encargado por teléfono una comidita admirable en el chalet del lago. Anda á vestirte en seguida.

VIZC. ¡No puedo!

DOLLY ¿Que no puedes? Jacinto nos va á llevar con su tronco de jacas irlandesas que le han llegado ayer.

VIZC. ¿Le han llegado las jacas irlandesas?

DOLLY Dice que quiere que guíes tú un rato para ver si son buenas.

VIZC. ¡Caramba!

DOLLY Vamos, date prisa. Andando.

VIZC. ¡Hoy no puede ser!

DOLLY ¿Por qué?

VIZC. ¡Te digo que no puedo! Tengo que ir á ver á mi novia.

DOLLY ¿A tu novia? ¿Dónde?

VIZC. No sé. Tengo una aquí y otra á cuatro leguas. No sé á cual de las dos ir á visitar.

DOLLY Entonces, vente conmigo.

VIZC. No puedo.

BAR. (Que atraviesa la escena, saliendo por la izquierda.) Hasta ahora; que no tardes.

VIZC. Sí, en seguida voy.

CHAU. (Que sale por la derecha) Estoy esperando al señor Vizconde.

VIZC. ¡Ah, sí! Voy en seguida.

DOLLY ¿Vienes, ó no vienes?

VIZC. Decididamente me voy contigo.

DOLLY ¡Vamos, pelma! ¡Andando! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En la Villa de los Cipreses, en casa de Eugenia Herbelier, por la noche. En el fondo, á la izquierda, puerta de entrada que da á un vestíbulo. En el fondo, en el centro, gran ventanal que da sobre una galería iluminada. A derecha é izquierda, en primer término, puertas pequeñas.

ESCENA PRIMERA

AVRON, MARGARITA GAUDIN y ENRIQUE GALICHET, jugando al tresillo. Después EUGENIA HERBELIER. Una señora canta entre bastidores con voz medianamente afinada

AVRON (Después de una pausa. Alargando la mano.) ¡Lo que va á llover! ¿A quién se le ha olvidado poner? ¿A usted, Margarita?

MAR. Sí, á mí.

AVRON Naturalmente.

MAR. Ahí van mis cinco francos.

ENR. Paso.

DOC. Juego.

AVRON (Oyendo á la cantante, que lanza una nota agudísima.) Dese usted prisa, que se marcha el tren.

MAR. ¡Qué tonto es usted! (Pidiendo cartas.) Dos.

EUG. (Entrando por el fondo.) ¿Están ustedes bien instalados aquí?

AVRON (Con exagerada cortesía.) ¿No molestamos á esa joven que está cantando?

EUG. Es una señora que acaba de casar á su hija.

DOC. Y exhala su dolor.

EUG. Tiene una voz soberbia. Está decidida á entrar en la Opera.

AVRON ¿De qué?

EUG. De cantante.

AVRON (Al Doctor.) Entonces deme usted tres.

EUG. Si no están ustedes bien aquí, se les puede poner una mesa en el saloncito de fumar.

AVRON Doctor, ¿no podía usted haberse guardado esa carta?

EUG ¿Está usted bien aquí, Margarita?

MAR. (Muy ocupada en su juego.) Estamos muy bien. Muchas gracias. Pierdo veinte francos.

AVRON Y yo cuarenta.

DOC. Afortunadamente.

EUG. (A Avron.) ¿No le molesta á usted nada?

MAR. A ese no hay nada que le moleste. (Tirando sus cartas.) (A Avron.) Trío. Yo gano.

AVRON La verdad me obliga á decir que me molesta un poco el aire en las piernas.

DOC. Es extraño. Yo no siento nada.

AVRON No siente usted nada porque gana. Pero le aseguro á usted que yo tengo las piernas heladas.

EUG. Están encendiendo el saloncito de fumar. Dentro de un momento podrán ustedes instalarse allí. (Sale.)

MAR. Adiós, monísima.

AVRON La verdad es que la señora de la casa es un poco pelma.

MAR. Atienda usted al juego.

AVRON Esta noche está nerviosa porque espera á Triplepatte.

ENR. ¡Ah! ¿Qué le quiere?

AVRON Pescarle para yerno. (Pidiendo cartas.) Cinco. Hoy presenta á su niña en libertad.

ENR. ¿Quién le ha dicho á usted eso?

AVRON (Pidiendo cartas.) El Doctor aquí presente, que es el hombre más discreto del mundo.

DOC. ¿Quiere usted callarse? (Cogiendo una carta.) Una. Cuando le confío á usted un secreto...

AVRON Supongo que es para que yo se lo cuente á todo el mundo. ¿No es así?

MAR. ¿Quieren ustedes ocuparse del juego?

AVRON Para lo que el juego se ocupa de mí... Desde que nos hemos sentado no he hecho más que pasar.

MAR. No le matará á usted la pérdida.

AVRON Es muy molesto pasar aunque se pierda poco. (Se levanta y da dos vueltas alrededor de su silla.)

MAR. Este hombre es insoportable... Juegue usted.

AVRON Es para ver si cambia la suerte.

MAR. Aprenda usted del Doctor, que no abre la boca.

ENR. Es que no tiene tiempo. Bastante hace con recoger lo que gana.

AVRON Dos, siete... ¡Vaya un juego que me envía la Providencia! (La voz de la cantante, entrando por una puerta que acaban de abrir.) Quiero... Quiero... Quiero... Quiero... (So levanta y mira inmóvil en dirección de la cantante.) Quiero... Quiero... Que se den prisa á darle lo que pide.

MAR. Ha pedido mil francos por venir á cantar.

AVRON ¿Y cuánto pide por marcharse? (La voz se apaga.)

ENR. ¿Dice usted que los Herbelier esperan á Triplepatte?

AVRON Juegue usted. Hay diez francos.

ENR. Ni á ese precio me compra usted. Paso.

MAR. Paso.

AVRON Es usted una mujer terrible. No juega usted más que cuando tiene poker.

MAR. No gano un céntimo.

AVRON Se ha puesto usted á jugar sin nada. ¿No notan ustedes un poco de aire en las piernas?

DOC. Vámonos, vámonos. Con tal de no oirle á usted lamentarse... Además, la gente joven nos echa de aquí.

ESCENA II

DICHOS, TERESA, LUCÍA; después JUANITA

TER. Enrique nos había dado palabra de no jugar esta noche. Esta misma tarde lo ha jurado en el tennis.

LUCÍA Yo soy testigo.

AVRON Enrique no responde porque... es un joven bien educado; pero me figuro lo que contestaría de buena gana.

TER Que le venimos á fastidiar. ¿Verdad?

AVRON Casi, casi.

ENR. Déjenme ustedes jugar una hora más y les prometo que después voy á bailar con ustedes.

AVRON Sí. Si gana, dentro de una hora se marchará diciéndonos solamente que les ha prometido á ustedes bailar. Pero si pierde, no hay cuidado, se estará con nosotros hasta el amanecer.

LUCÍA ¿Quién gana?

MAR. Nadie. Perdemos todos.

DOC. ¿Cuántas?

AVRON Tres.

LUCÍA Ahora ha ganado Avron. Le traigo la suerse. De seguro me pide que me quede detrás de él.

AVRON Sí, señorita. Quédese usted detrás de mí. (En voz baja.) Así me dará un poco menos el aire en las piernas.

DOC. Trío de ases.

AVRON ¡Demonio!

DOC. Muy bien, niñas. ¿Cómo no está Juanita con ustedes?

TER. ¿Juanita? Ya viene. ¡Juanita!

JUA. (Entrando.) Señores jugadores, mamá me encarga que les diga á ustedes que todo está dispuesto en el saloncito de fumar. Pueden ustedes instalarse allí cuando gusten.

AVRON En seguida. Doctor, recoja usted sus ganan-

cias siguiendo su laudable costumbre, y vámonos.

MAR. Estas niñas son encantadoras.

AVRON Sí, dejémoslas en libertad de entregarse á los placeres de su edad.

TER. ¿De modo que hasta dentro de una hora?

ENR. Dentro de una hora.

AVRON Lo jura. El Doctor es el último que se levanta. No acaba de recoger su tesoro. Mañana no va á la consulta. Como no le consulten sobre los métodos de ganar al poker. Pero esa ciencia la guarda para él.

DOC. Si se figuran ustedes que me van á ganar hablando...

AVRON Por lo menos, mientras hablamos no le dejamos ganar á usted. (Salen.)

LUCÍA ¿Qué vamos á hacer ahora?

TER. Seguiremos jugando á nuestro juego, mientras se digna llegar algun caballero dispuesto á bailar.

JUA. ¿Otra vez vamos á jugar á ponerse en berlina?

TER. Otra vez. Y te toca á tí marcharte.

JUA. Me marcho. No os costará mucho trabajo encontrar cosas desagradables que decir de mí.

TER. Bueno, vete. Ya lo veremos.

LUCÍA ¡Chist! (Eugenia Herbelier aparece en el fondo.)

ESCENA III

DICHAS, EUGENIA y el CRIADO

EUG. ¿Qué es eso, niñas? ¿No van ustedes á bailar al salón?

TER. Estamos jugando á juegos de prendas.

LUCÍA A ponernos en berlina.

EUG. Bien, bien. (A Juanita, á media voz.) ¿Por qué juegas á juegos de prendas? ¿No te he dicho que ya no se estila?

JUA. Mamá, si á ellas les divierte, y á mí lo mismo me da aburrirme con eso que con otra

cosa. (A sus amigas.) Ya me voy. Daos prisa. (Sale.)

EUG. (Al Criado, que pasa por el fondo.) Huberto, ¿llevó usted esa invitación al Hotel de Inglaterra?

CRIADO Sí, señora. Al señor Vizconde de Houdan. No estaba en el hotel. Pero le entregarán la carta en cuanto vuelva.

EUG. ¿Le han dicho á usted que volvería?

CRIADO Sí, señora. Es decir; no me han dicho nada.

EUG. Le dije á usted que preguntase.

CRIADO Pregunté, si señora; pero en vista de que nadie lo sabía en el hotel, nadie podía responderme.

EUG. Con tal que venga... (A las muchachas.) Sigan ustedes jugando. Con tal de que venga.. (Sale.)

ESCENA IV

TERESA, LUCÍA, JUANITA; después EUGENIA

TER. (Haciendo una gran reverencia á la puerta por donde Eugenia acaba de salir.) Sí, Eugenia. (Declamando.) «Verdaderamente la figura de la reina era aún más imponente cuando su noble rostro estaba arrebatado por la emoción.» (Cambiando de tono.) ¿Has visto que conmovida estaba la sin par Eugenia? (Cantando.) ¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? (Hablado.)

LUCÍA Yo sé por qué. (Misteriosamente.) ¡Porque le espera!

TER. ¿A quién?

LUCÍA Al último vástago de los Houdan, fundador de la rama Triplepatte, de la cual actualmente es el único... número.

TER. ¿Y para qué le espera?

LUCÍA Quiere unir el noble escudo de los Houdan á los escudos menos ilustres, pero infinitamente más numerosos, de los Herbelier.

TER. ¿Cómo lo sabes?

LUCÍA Triplepatte y mi hermano Santiago tienen un leve lazo de parentesco. Gozan del mis-

mo usurero, un tal Boucherot... Te lo digo por si puede ser de alguna utilidad á tus señores hermanos. Boucherot sabía la noticia por ese lata de Bob-Boby, que la sabía á su vez de boca de la Baronesa. ¿No has visto, inocente criatura, la agitación desordenada de la Baronesa? ¡Es que se preparan grandes cosas!

TER. ¿Y á Juanita le gusta esa boda?

LUCÍA Estoy segura de que no sabe una palabra. No le hablarán de ello hasta que sea indispensable, es decir, esta noche. Las últimas personas que se enterarán del asunto serán Juanita y el venerado cabeza de familia, el elefante blanco. Todo lo dirige la mamá Herbelier, única dueña de esta casa.

TER. Sí, la señora Herbelier ha sido siempre muy marimandona.

JUA. (Entreabriendo la puerta de la izquierda.) ¿Acabáis?

TER. Ya vamos, ya vamos. Espera un momento. Hay que ocuparse de Juanita. ¿Por qué le decimos que está en berlina? No, picardías no. En primer lugar eso es injusto. Es muy inteligente, pero es así, lánguida.

LUCÍA No se ocupa de nadie.

TER. No hace ningún esfuerzo por lucir. No ha tenido ni siquiera un mal coqueteo. Por eso, señora ingenua, pone usted en duda su inteligencia.

JUA. ¿Salgo ó no salgo?

LUCÍA Un momento. Bueno, que salga. Inventaremos las respuestas. Juanita, Juanita, sal.

JUA. (Entrando.) Vamos á ver. ¿Qué habéis estado pensando todo este tiempo? Vamos, hablad. Estoy humildemente resignada á oirlo todo.

TER. Estás en berlina porque eres una niña sin voluntad.

JUA. Es cierto.

TER ¿Quién te lo ha dicho?

JUA. Todo el mundo.

TER. Estás en berlina, porque... Vamos á ver... porque... tengo tantas respuestas que no me acuerdo. Estás en berlina porque vas á ser vizcondesa.

JUA. (Asombrada.) ¿Porque voy á ser vizcondesa?

TER. ¿De veras, de veras no lo sabías?

JUA. No sé nada. ¿Qué queréis decir? Me asustáis.

LUCÍA ¿No sabes que vas á ser vizcondesa de Houdan?

JUA. No es posible.

TER. El vizconde de Houdan viene esta noche para que te le presenten.

JUA. Pero eso es espantoso. ¡Dios mío, ya notaba yo que sucedía algo! Que me ocultaban algo. Papá tampoco sabe nada. Me lo hubiera dicho. (Con desesperación.) ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! No me faltaba más que eso. (A Teresa.) Ya decía yo que esto tenía que suceder, pero estaba tranquila porque no tengo más que dieciocho años, y siempre me habían prometido que no me casaría hasta los veinte.

TER. ¡Tanto miedo te da casarte!

JUA. ¡Miedo! Desde los doce años lo estoy temiendo. Desde los doce años no hago más que decirme á mí misma: llegará un día en que cumplas veinte y tendrás que casarte por fuerza. Y ahora quieren casarme dos años antes.

LUCÍA Vamos, que no eres tan digna de lástima. El vizconde de Houdan pertenece á una de las familias más nobles de Francia. Es de la nata y flor.

JUA. Si te figuras que me tranquiliza el que sea de la nata y flor... Todavía más extraño para mí. ¡Dios mío, yo que estaba tan tranquila! Y va á venir esta noche, esta noche... Ni un momento de tregua.

TER. Esta noche te le presentarán. Pero aún te queda tiempo antes de la boda.

JUA. ¿Cuánto? (Inquieta.) ¿Tres meses? (Más inquieta.) ¿Dos meses?

TER. Puede que seis semanas.

JUA. ¡Seis semanas!

TER. Vamos, vamos. Ya verás cómo te diviertes. Te hará la corte.

JUA. Eso no. Que me deje en paz siquiera estas seis semanas.

LUCÍA Tenéis que iros conociendo poco á poco.

JUA. No nos conoceremos nunca. Consentiré en casarme con él porque no tendré otro remedio. Y además, porque tanto me da éste, á quien no conozco, como otro, á quien tampoco conocería. ¡Dios mío, yo que estaba tan tranquila!

LUCÍA Nosotras creíamos que te ibas á alegrar cuando te lo dijéramos.

TER. Ahí viene tu mamá. (Eugenia Herbelier entra por el fondo.)

JUA. ¡Ay! ¡Qué me irá á decir!

EUG. Dispensen ustedes que me lleve un momento á Juanita.

LUCÍA (A Juanita.) Las revelaciones.

JUA. ¡Ay, Dios mío! (La Baronesa entra por el fondo.)

TER. (Bajo, á Juanita.) Ahí tienes á la Baronesa. No la pierdas de vista.

JUA. ¿Por qué?

TER. Porque ella es la que ha dado el golpe.

ESCENA V

DICHAS y la BARONESA

BAR. (A las muchachas.) ¡Vamos, vamos! ¿Qué hacen sin bailar todas estas niñas? (A Eugenia.) Mire usted á su hijita, mírela usted. Es la reina de este gentil rebaño.

EUG. (A la Baronesa.) ¿No le parece á usted que el Vizconde tarda?

BAR. No se apure usted. Llegará á la hora justa. Es un hombre de mucho tacto.

EUG. ¿Está usted segura de que no ha habido equivocación ninguna, y de que vendrá?

BAR. Claro que sí, claro que sí. (Le coge la mano.) ¡Cómo se preocupa! Me he separado de él cinco minutos antes de la comida, y á pesar de su desenvoltura de caballero francés, estaba conmovido, ruboroso.

EUG. (A Juanita, que trata de salir por el fondo detrás de sus amigas.) No te vayas, Juanita. Tengo que decirte una cosa. (Música de baile entre bastidores.)

BAR. (Mirando á Juanita.) Sí, sí. No está bien que andemos jugando al escondite con esta niña. Ha llegado el momento de revelárselo todo. Atención. (Da un paso hacia Juanita, que retrocede.) Hay que revelárselo todo á nuestra querida... ¿Qué? (Da un paso más y le grita rápidamente al oído.) Vizcondesa. (Retrocediendo.) No he dicho nada, no he dicho nada.

EUG. ¿Has oído, Juanita?

JUA. (Resignada.) Sí, mamá.

BAR. Yo no quería decir nada. Quería dejar que llegase el bello Vizconde, el príncipe encantado. Hubiese mirado á la hermosa. La hermosa hubiese bajado los ojos. Y ¡pam, pam! flechazo. (Con explosión.) ¡Ah! Soy romántica. Me gustan las sorpresas. Lo imprevisto, la aventura, el camino real, la berlina que huye, los postillones, los cascabeles, el claro de luna, la escala en el balcón... Pero mamá, que es una persona razonable, ha preferido prevenir á la niña.

EUG. Es más prudente.

BAR. Y su marido de usted, ¿dónde está?

EUG. ¿Mi marido? Ha desaparecido como de costumbre.

BAR. ¡Ah, el gran trabajador!

EUG. Estará durmiendo.

BAR. ¡Ah! ¿Y qué dice de nuestros grandes proyectos?

EUG. Todavía no le he dicho nada.

BAR. ¿No sabe nada? ¡Ah, ah! Es curioso.

EUG. Es que vale más no ponerle al corriente antes de que las cosas estén un poco adelantadas. Porque si se le dice al principio, se opone, hace objeciones. Mientras que cuando se lo encuentra todo decidido, por no descomponer lo que está hecho, se calla.

BAR. ¡Ay, cómo conoce esta mujer á su maridito! ¡Qué pícara, qué pícara!

EUG. Mañana le diré lo que pasa.

BAR. Entonces... gran complot á la sordina. (Mirando á Juanita.) ¡Misterio! ¡Admirable, admirable, admirable! ¿Qué dice la niña?

EUG. ¡Juanita!

JUA. Mamá.

BAR. (Cogiendo la mano de Juanita.) Vamos á ver. ¿Está la señorita muy contenta? ¿No lo sabe? ¿Está turbada? ¿Siente una deliciosa angustia chiquitita? ¡Ah! Es que se acerca el gran momento, el día en que mamá y papá concederán permiso para amar. (Con éxtasis.) ¡Ah! ¡Amar, amar! ¿Estás contenta?

JUA. Sí, señora.

BAR. ¡Ideal! ¡Qué alegría para mí hacer la felicidad de estos dos seres nacidos el uno para el otro! (Se dirige al fondo.) Ya me parece que le veo entrar, sonriente, con su andar arrogante, y precipitarse lleno de impaciencia... (En otro tono.) ¿Pero que hace ese hombre que no viene? (Se va por el fondo izquierda.)

JUA. (Sin moverse.) Oye, mamá. (En voz baja á Eugenia que se ha acercado.) No me quiero casar.

EUG. (En voz baja.) ¿Qué estás diciendo ahí?

JUA. (En voz baja.) No me quiero casar. Me habías prometido que no me casaría hasta los veinte años.

EUG. Sí; pero es una suerte tan inesperada... El Vizconde de Houdan. Tratarás á los príncipes.

JUA. Oye, mamá; no me quiero casar.

EUG. (Bajo.) ¿Quieres ofender á la Baronesa, que se ocupa de tí con tanto cariño? Sobre todo no digas eso delante de ella.

JUA. (En voz baja, deteniéndola.) Mamá, mamaíta, mamá querida, déjame decirte otra cosa. No me quiero casar.

EUG. (Bajo.) Pero niña, estás loca.

BAR. (Apareciendo por el fondo á la derecha.) ¡Ah! Ya veo lo que pasa. Le contamos bajito á la mamá toda nuestra alegría. (Se acerca á Juanita.) Muy feliz, ¿verdad? Dinos que eres feliz.

JUA. Sí, señora.

EUG. Vámonos de aquí. Me parece que oigo venir á mi marido.

BAR. Vamos á bailar mientras llega el príncipe encantado. (Aparte.) No se da mucha prisa en venir mi príncipe encantado. (Salen.)

ESCENA VI

HERBELIER, el CRIADO. Después un JOVEN; luego BOB-BOBY

HER. (Sale por la derecha, primer término. Tiene patillas blancas, estatura imponente. Anda con lentitud. Lleva las manos metidas en los bolsillos. Va á tocar el timbre. Luego se adelanta al proscenio, bosteza largamente y mira la hora en su reloj. Al Criado.) Huberto.

CRIADO Señor.

HER. Huberto, si la señora pregunta dónde estoy, le dirás que he tenido que ir al Círculo para ver á un inglés que está de paso.

CRIADO ¿Y si la señora quiere ver al señor, tengo que ir á buscar al señor al Círculo?

HER. No. A mi cuarto. (Bosteza.) Entrarás despacito. (El Criado sale.) No sé en qué consiste que tengo tanto sueño. Porque la siesta la he dormido bien. (Un Joven entra por la puerta izquierda fondo.) ¡Ah!

JOVEN Buenas noches, señor Herbelier.

HER. ¿Viene usted al baile, joven?

JOVEN Sí, señor. Las reuniones de la señora Herbelier son encantadoras.

HER. Hay que creerlo, puesto que viene usted sin que nadie le obligue. Ojalá fuese yo un invitado como usted. Si fuese un invitado, ¿sabe usted lo que haría, joven? Irme á acostar. Como usted lo oye. Si tiene usted siquiera un poco de gana de irse á la cama, váyase. Le autorizo á usted.

JOVEN Le aseguro á usted que pienso divertirme mucho.

HER. ¿De veras? No lo puedo creer. (Se oye cantar entre bastidores.) Escuche usted. ¿No le da á usted miedo? Ya lo sabe usted. Le autorizo á usted á volverse á su casa, y hasta se lo aconsejo. Mañana se levantará usted más temprano y de mejor humor.

JOVEN Pero... caballero...

HER. Haga usted lo que quiera. Le aconsejo á us-

ted que se vaya á la cama, pero no le obligo. He cumplido con mi deber, dándole á usted un buen consejo.

JOVEN Con permiso de usted voy á ofrecer mis respetos á su señora.

HER. Vaya usted, vaya usted. (El Joven sale por el fondo. Herbelier se dirige lentamente hacia su cuarto. Bob-Boby aparece hacia la izquierda, ve á Herbelier y se dirige hacia él.)

BOBY Buenas noches.

HER. (Volviéndose) Buenas noches, joven. (Con resignación.) Otro invitado. Y usted ya no es un inexperto. Ya sabe usted lo que son bailes blancos. Y tiene usted el valor de venir. (Entre bastidores el cantor empieza un ária de «Roberto el Diablo») Hoy es *soireé* de gala, ¿sabe usted? Pero le juro que si se va usted a acostar no se lo diré á nadie.

BOBY Dispénseme usted; le aseguro que tengo un verdadero placer...

HER. ¡Oh! A tanto insistir... Pase usted, pase.

BOBY Además, veo que la señora Herbelier viene hacia aquí.

HER. ¡Mi mujer! ¡Qué difícil es no encontrarse cuando vive uno en la misma casa! (Se apresura á salir por la puerta de la derecha. Bob-Boby le mira con asombro. Eugenia, la Baronesa y Juanita entran por el foro.)

ESCENA VII

BOB-BOBY, EUGENIA, BARONESA y JUANITA

EUG. Miraba á ver si está aquí mi marido, porque no me quiero encontrar con él. (Con afectada frialdad á Bob-Boby, que se inclina delante de ella.) Buenas noches, caballero.

BOBY Ya veo que está usted enfadada conmigo, pero le aseguro á usted que su mano de usted iba en el artículo. No ha sido culpa mía.

BAR. Sí, sí, comprendido. Hablemos de otra cosa.

EUG. (Angustiada, á la Baronesa.) No viene, no viene.

BAR. (Haciendo un esfuerzo por no parecer inquieta.) Sí, sí. Va á llegar en seguida. Está en el camino. (Muy nerviosa.) No ponga usted ese aire de angustia. Le aseguro á usted que llega dentro de dos minutos. No prive usted más tiempo á sus invitados de su graciosa presencia. Esté usted tranquila, sonría usted. Le digo á usted que viene.

EUG. ¿Lo cree usted de veras?

BAR. (Conduce á Eugenia hasta la puerta, la obliga á salir y se vuelve hacia Bob-Boby.) Estoy muy inquieta. ¿Cómo no ha venido Roberto con usted?

BOBY ¡Ah, señora! Temo que no venga.

BAR. Dando un respingo.) ¿Que no venga? ¿Qué dice usted? ¿Dónde está?

BOBY Le he dejado hace un momento á tres leguas de aquí, en el Chalet del Lago. Cenando con una señorita que se llama Dolly.

BAR. Pero supongo que no pensará pasarse allí la noche. En cuanto acabe de cenar, vendrá.

BOBY Me extrañaría mucho. Estaban muy entretenidos.

BAR. Hay que ir á buscarle.

BOBY Es que está muy lejos.

BAR. No importa. En la puerta habrá algún automóvil.

BOBY Sí, hay varios; pero no sé manejarlos.

BAR. Yo, sí sé... sé un poco. Voy á pedir que me presten uno. Espéreme usted aquí. Vendrá usted conmigo, y ya verá usted qué modo de correr. (Sale.)

BOBY Esta mujer me estrella. Eso sí que no. (Sale. El Vizconde aparece en la puerta de entrada conducido por Boucherot.)

ESCENA VIII

El VIZCONDE y BOUCHEROT; luego BOB BOBY

BOU. Hemos llegado, señor Vizconde. Aquí es.

VIZC. ¡Ay, Boucherot! No olvidaré nunca lo que acaba usted de hacer por mí. Es usted mi Providencia.

BOU. Ahora que le he vuelto á traer á usted al buen camino, no tiene usted más que seguirle, señor Vizconde.

VIZC. Es verdad. Estaba en el Chalet del Lago, contra mi voluntad, naturalmente. Pero el caso es que estaba. Usted ha venido á buscarme. Nunca lo olvidaré. (Le aprieta la mano.)

BOU. Afortunadamente no he dejado de velar por usted, señor Vizconde.

VIZC. El interés es capaz de inspirar nobles acciones. Decididamente.

BOU. Hasta la vista, señor Vizconde.

VIZC. Hasta la vista, ángel de mi guarda. (Boucherot sale.) ¡Al fin! Llegué al puerto. (Examina el salón.) No hay nadie. De seguro se han ido á la cama. (Se oye música.) ¿Bailan? Decididamente me debo marchar. (Se dirige hacia la puerta de salida.)

BOBY (Apareciendo en el fondo.) ¡Ah! ¿Estás ahí? Eres muy gracioso. La Baronesa está desatada. Quería llevarme en tu busca en automóvil, y guiando ella. En fin, puesto que has llegado, todo está bien. Voy á avisarla. Estate ahí. (Le hace sentarse en una silla, cerca de la mesa de juego y sale por el fondo.) No te muevas.

VIZC. Tengo mala suerte. Yo que esperaba que ya se habrían acostado... (Se pone maquinalmente á hacer un solitario con las cartas que hay sobre la mesa. Herbelier aparece por la derecha.)

ESCENA IX

El VIZCONDE y HERBELIER

HER. No hay modo de dormir con esa maldita música. (Bosteza.)

VIZC. ¡Qué viejo tan simpático!

HER. (Viendo al Vizconde.) Otra víctima. Un invitado más. Caballero..

VIZC. Caballero... (Sigue jugando con las cartas.)

HER. Le gusta á usted el baile, á lo que parece.

VIZC. No señor; no mucho.

HER. Le pasa á usted lo que á mí. Al fin encuen-

tro un hombre como yo. Pero si no le gusta á usted el baile, ¿por qué no se va usted á acostar?

VIZC. ¡Ay! No por falta de ganas.

HER. Hace usted muy mal en sacrificarse.

VIZC. (Se levanta y se dirige hacia Herbelier.) Desgraciadamente no estoy aquí por mi gusto. Vengo para una presentación. Me quieren casar.

HER. Entonces no vacile usted más, y vuélvase á á su casa á toda prisa.

VIZC. Usted me aconseja...

HER. ¿Se va usted á casar y no le gusta á usted el baile? Considere usted que cuando se case tendrá usted baile á domicilio. ¿Oye usted? á domicilio. Y no le quedará á usted, como ahora, el recurso de irse á su casa. No será usted libre.

VIZC. (Muy preucupado.) Es verdad. No seré libre.

HER. Mire usted, joven; yo no le conozco á usted y usted no me conoce á mí. Me dice usted que se va á casar, y el partido que le propongan es posible que sea ventajoso. Pero, aun sin saber con quién va usted á casarse, permítame usted que le diga que debe usted pensarlo muy despacio. Es cosa muy grave, ¿sabe usted? Deja uno que le presenten, diciendo: ¡Bah, una presentación no compromete á nada! pero aunque nada compromete á nada, todo compromete á todo. En cuanto le hayan presentado á usted, ya empezará usted á estar comprometido.

VIZC. (Convencido.) Es espantoso.

HER. Porque no podrá usted volverse atrás sin exponerse á que alguien se ofenda... Claro que usted dirá que para casarse, alguna vez hay que dar el primer paso.

VIZC. Claro que sí.

HER. A no ser que encuentre usted en sociedad alguna joven á quien vaya usted conociendo y amando poco á poco.

VIZC. No, no. Para eso habría que tener la constancia de ir á muchos bailes.

HER. Horrible, ¿verdad?

VIZC. No, no. Si quiero casarme, tengo que deci-

dirme de repente y sin reflexionar. Así es que... acaso haría mejor en quedarme.

HER. De ninguna manera. En primer lugar, ¿se ha preguntado en serio si está decidido á casarse?

VIZC. Quiero casarme... porque me siento un poco solo.

HER. Siempre está uno á tiempo de dejar de estar solo. Mientras que en cuanto tiene uno mujer, es bastante difícil librarse de ella.

VIZC. Tiene usted razón. Me marcho. Además, hay algo de providencial en este encuentro. Me marcho. Con tal de que no encuentre á nadie...

HER. Venga usted. Va usted á pasar por esta habitación. Hay una puertecita que da al jardín y puede usted salir por una senda donde no encontrará usted á nadie. No tiene usted más que seguirla para llegar á la puerta de entrada.

VIZC. (Junto á la puerta de la derecha.) Cómo conoce usted el terreno.

HER. Soy el dueño de la casa.

VIZC. ¡El Elefa...!

HER. El Elefante blanco.

VIZC. Esta sí que es buena. Caballero... (Sale precipitadamente.)

HER. Éste me parece más razonable que los demás.

ESCENA X

HERBELIER, BOB-BOBY y la BARONESA

BAR. ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Ah, querido Herbelier! ¿No ha visto usted al Vizconde? Es verdad, no le conoce usted. Un joven rubio, encantador, con un bigote...

HER. Efectivamente, he visto á un joven rubio.

BAR. Muy guapo.

HER. Precisamente guapo, no.

BAR. Es él. ¿Dónde está?

HER. Parece un joven muy sensato.

BAR. Sí, sí. ¿Dónde está?

HER. Se ha marchado á su casa, á acostarse.

BAR. (Estupefacta.) ¿Qué dice usted?

HER. Sí. No me ha costado mucho convencerle. Hasta me parece que me lo ha agradecido.

BAR. (Sofocada.) ¡Herbelier! No se da usted cuenta de lo que ha hecho. ¿Sabe usted á quién acaba de despedir de su casa? Al Vizconde de Houdan, que venía á casarse con su hija de usted.

HER. Lo siento. Podían habérmelo avisado.

BAR. ¿Quién se iba á figurar que iba usted á mandar á la cama á sus invitados? Venga usted, Boby. Hay que traerle, cueste lo que cueste. ¡Qué hombre! ¡Qué hombre!

HER. (Viendo que se acerca Eugenia.) ¡Mi mujer! (Sale.)

ESCENA XI

EUGENIA, TERESA y LUCÍA

EUG. ¡Juanita! ¡Juanita! ¿Dónde está? ¿Han visto ustedes á mi hija?

LUCÍA Está en su cuarto.

TER. Ha dicho que le dolía mucho la cabeza.

EUG. Y el Vizconde que ha llegado ya. Corro á avisarla.

ESCENA XII

DICHAS, BARONESA, VIZCONDE, JUANITA, MARGARITA, EUGENIA, BOB-BOBY, BOUCHEROT

LUCÍA (A Teresa.) ¡Mira Triplepatte, entre dos gendarmes!

BOBY Es maravilloso. Gracias á que Boucherot estaba de guardia en la puerta.

BAR. (Al Vizconde.) Mala persona.

TER. Y mira á Juanita entre otros dos.

BAR. Le traigo á usted á un amigo, el Vizconde de Houdan, que ardía en impaciencia por conocer á usted. Vizconde, la señorita Herbelier.

VIZC. (Después de vacilar mucho.) Señorita, mucho gusto en conocer á usted.

JUA. (El mismo juego.) El gusto es mío, caballero.

BAR. (En éxtasis á Eugenia.) ¡Qué parejita! ¡Qué parejita! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La alcoba del Vizconde. En el fondo una puerta. A la derecha una cama entre dos puertecitas, sobre cada una de las cuales hay un tragaluz circular A la izquierda un gran tocador con baño, duchas, etc. A la izquierda, en primer término, una ventana. Fotografías de caballos. Teléfono. Todo muy elegante. Preparativos de marcha; baules, maletas, sombrereras. El Vizconde está echado en la cama en traje de casa. Santos acaba de hacer las maletas.

ESCENA PRIMERA

El VIZCONDE y SANTOS

VIZC. ¿Qué hora es, Santos?

SANTOS Van á dar las tres, señor Vizconde. Es preciso que el señor se dé prisa para su matrimonio en la Alcaldía.

VIZC. Dentro de dos horas estaré casado. Cuando piensa uno en eso parece raro, ¿verdad?

SANTOS El señor Vizconde debe estar contento.

VIZC. (Después de un momento de vacilación.) Sí, estoy contento. Mi estómago es el que no lo está. Primero, esa mujer á quien no quiero nombrar, la Baronesa, esa mujer ha exigido que coma de todo, para que no parezca que estoy enfermo del estómago; he comido langosta, aspic de foie-gras, ¡hasta salsa inglesa!

SANTOS El señor Vizconde lo ha digerido todo muy bien.

VIZC. Sí; lo he digerido muy bien; pero he pasado toda la comida en un ¡ay! pensando que no lo iba á poder digerir. ¿Por qué no me ha hecho daño? Eso no es natural. (Se levanta penosamente y va á mirarse en un espejito de mano.) ¡Qué mala cara tengo! ¡Mala cara, Santos, para el día más hermoso de mi vida!

SANTOS Sí; hay días en que el señor Vizconde tiene mejor aspecto.

VIZC. Santos, vas á tener que vestirme; que preparar primero, un baño caliente con la droga, y luego que frotarme con el guante de crin... silbando.

SANTOS Sí, señor Vizconde.

VIZC. Un buen masaje...

SANTOS Le sentará muy bien al señor Vizconde.

VIZC. No me sentará bien. Estaré tan fastidiado como ahora! Pensar que si tuviera que dar un paseo lo dejaría para mañana, tan pocas ganas de moverme tengo, y que voy á salir por fuerza... y para casarme. Y mañana, desfilar en la iglesia delante de tres mil espectadores y marcharme en seguida con esa señorita á quien no conozco. Afortunadamente, después tendré tiempo de descansar.

SANTOS He puesto en la maleta del señor Vizconde una buena provisión de pan sin miga.

VIZC. ¡Gracias..! ¡Eres mi salvador!... ¿Qué va á ser de mí en Italia?... ¿Qué voy á comer en aquel país? ¡No hay más que museos! ¡Ah, Vichy! ¡Si pudiera marcharme á Vichy con mi novia! (Soñador.) Pasaríamos tres semanitas muy agradables.

SANTOS (Cerrando las últimas maletas.) Ya están los baules.

VIZC. No me hables de semejante cosa.

SANTOS Sin embargo, debo decir al señor Vizconde que los mozos van á venir á buscarlos para llevarlos á la estación. ¡Ajajá! Toda la ropa del señor Vizconde está en los baules. Ahora traerán los trajes para la Alcaldía y para la iglesia, y mañana por la mañana el de viaje.

VIZC. Aborrezco los viajes.

SANTOS ¿A qué hora desea vestirse el señor Vizconde?

VIZC. Antes de las tres, no. (Se oyen dar las tres.) A las tres y media apelaré á todo mi valor y me vestiré á ojos cerrados. Después de la boda, tal vez me alegraré mucho de estar casado, pero el tenerme que vestir me fastidia, Santos; me ha parecido oir en la antesala, hace un momento, la voz de Boucherot. ¿Qué quería ese sinvergüenza?

SANTOS Venía á buscar noticias del señor Vizconde. Ha dicho que espera que el señor Vizconde llegará á tiempo á la Alcaldía, y después ha ido á instalarse ahí enfrente, en la taberna.

VIZC. ¡Para vigilarme! ¡Ah, no podrá decirse que no se interesa por mi felicidad!

SANTOS Y, además, la señora americana, tía del señor Vizconde, ha llamado por teléfono.

VIZC. ¿No te había dicho que descolgases el receptor?

SANTOS Así lo hice, señor Vizconde; pero cada vez que vuelvo á engancharle para hablar con cualquier proveedor, me encuentro á la señora en el aparato. No se mueve; lo que es esta mañana estaba furiosa. Pero como se enfurecía en inglés, no lo he entendido.

VIZC. (Hablando consigo mismo.) ¿Pero no se va á acabar nunca esa historia? No quiere que le deje plantada á la niña. ¡Continúa velando por mí! El otro día me la encontré en el Bosque. Hice como si no la hubiera visto, pero ella me vió á mí. (A Santos.) ¿Continúa escribiéndome?

SANTOS Sí, señor Vizconde. Ahí están sus cartas, encima de la mesita: han llegado treinta en quince días; el señor Vizconde no ha abierto ninguna.

VIZC. ¡Dios me libre!

SANTOS Han venido también de casa del florista, del joyero y del guarnicionero con facturas. (Se oye llamar á la campanilla: sale.)

VIZC. ¡Tengo que casarme! ¡Qué le voy á hacer! ¡Lo que me consuela es que mi boda va á

hacer feliz á mucha gente! ¡Siempre agrada pensar que vá uno sembrando la dicha en torno suyo! (Santos hace entrar al Sastre, que trae los trajes. A Santos sin volverse.) ¿Qué pasa?

SANTOS — Es el sastre que trae la ropa del señor Vizconde.

ESCENA II

DICHOS, el SASTRE y BOB-BOBY

SASTRE — Señor Vizconde. Temía haberme retrasado un poco.

VIZC. — ¡No, no!

SASTRE — El señor Vizconde, ¿quiere probarse por última vez?

VIZC. — No, no hace falta. Déjelo usted ahí.

SASTRE — He querido venir en persona, para ofrecer al señor Vizconde mis más sinceras felicitaciones. (Recita malamente, mirando de cuando en cuando al papel que ha puesto dentro del sombrero.)

En día tan señalado
en que Himeneo, con fervor,
va á conferiros, señor,
las gracias de un nuevo estado,
vuestro sastre no ha olvidado
su deber ni su lugar,
y así os quiere desear,
suplicándolo al Eterno,
al entregaros un terno
una ventura sin par. (Saluda.)

VIZC. — ¡Son versos!

SASTRE — Sí, señor Vizconde, son versos del poeta de la casa.

VIZC. — (Por cortesía.) Están muy bien.

SASTRE — Sí, señor Vizconde. Para luchar con la competencia que se nos hace estamos obligados á tener un poeta de lo mejor. En los tiempos que corren, un buen poeta se paga tan caro como un buen cortador.

VIZC. — ¿De veras?

SASTRE Pero aunque en verso, mis felicitaciones no son menos sinceras. Así como el... como la... en fin, con toda mi satisfacción.

VIZC. ¿Está usted satisfecho? Más vale así. Hasta la vista. Espere usted. ¿Es usted casado?

SASTRE Sí, señor Vizconde. Ayer hizo seis años que me casé.

VIZC. ¡Ah! ¿Y se alegra usted de haberse casado?

SASTRE Sí, señor Vizconde. Me alegro.

VIZC. ¿Por qué se alegra usted?

SASTRE ¿Que por qué me alegro, señor Vizconde? Porque tengo un hogar, una compañera...

VIZC. Frases hechas. En eso que usted dice no hay nada que salga del fondo de su corazón. Nada sincero.

SASTRE Señor Vizconde, le aseguro á usted...

VIZC. Vamos. ¿Está usted contento de haberse casado, y sobre todo se alegra usted de que yo me case?

SASTRE Seguramente, señor Vizconde.

VIZC. Eso lo comprendo. Bueno, continúe usted alegrándose. Buenas tardes.

SASTRE Hasta la vista, señor Vizconde.

BOBY (Entrando.) Buenos días. ¿Qué miras?

VIZC. Miro esta cama, donde lo he pasado tan bien, solo. Miro mi cama, y me reprocho amargamente no haber sabido apreciarla mejor. Podía tumbarme en ella en todas direcciones; á lo largo, á lo ancho. De aquí en adelante ni aun mi cama será sólo mía. Siempre estaré en ella con una persona extraña.

BOBY Puedes poner cama aparte.

VIZC. No es fácil. Hay que procurar que no se ofenda la... la otra persona.

BOBY ¡Quéjate! Es una muchacha lindísima.

VIZC. Sí. Es lo que se acostumbra á llamar una muchacha lindísima. Pero las conversaciones que he tenido con ella han sido de una inutilidad tan aterradora... Nos dejaban solos en un salón durante una porción de medias horas. ¡Ay! En mi vida se me ha hecho el tiempo más largo. Miraba al reloj de reojo, y esperaba con un ansia el momento

en que nos abriesen la puerta para decirnos: «Ya han hablado bastante los novios.» Ahora nadie abrirá la puerta. Las medias horas terribles durarán toda la vida.

BOBY Y, ¿ahora es cuando se te ocurre decir eso? Confía en las personas que están á tu lado, que reflexionan por tí. Todas desean que te cases.

VIZC. A todas las personas que están á mi lado, les tiene sin cuidado mi felicidad. ¿Qué les importa? Ellos no son los que se casan. ¿De quién voy á fiarme? ¿De Boucherot, que lo único que quiere es cobrar su dinero? ¿De la Baronesa, que colecciona obligaciones de caminos de hierro? Las tiene amarillas, verdes, encarnadas, y cuenta conmigo para completar los colores que le faltan. Tampoco pretenderás que tenga confianza en tí, Bob-Boby. En tí, que cuentas conmigo para liquidar tu situación.

BOBY ¿No tienes una hoja de papel?

VIZC. (Sentado en un baul.) ¿Para qué la quieres?

BOBY Para hacer un suelto de tu boda en los periódicos. Tu suegra lo exige imperiosamente.

VIZC. Toma. (Arranca un pedazo de papel de un paquete.)

BOBY (Mirando el papel.) ¿No tienes otro papel? ¿De cartas?

VIZC. No lo tengo nunca. No escribo nunca cartas. No aburro á las gentes con la correspondencia. Dejo en paz á todo el mundo.

BOBY Y cuando te escriben, ¿cómo te las arreglas para contestar?

VIZC. No contesto.

BOBY Te pones el mundo por montera.

VIZC No me pongo el mundo por montera. Al contrario, desearía responder. Pero nunca me decido á contestar en un sentido ó en otro. Vacilo. Quisiera siempre dar la respuesta más conveniente y acabo por no contestar.

ESCENA III

VIZCONDE, BOB-BOBY, SANTOS y dos MOZOS

SANTOS (Entrando.) Ahí están los mozos que vienen á buscar los baules del señor Vizconde.

VIZC. ¡Vaya una horita que han escogido! Llévenselos ustedes volando, y que no les vuelva á ver por aquí.

MOZO ¿Todo esto?

VIZC Sí, y no les den ustedes demasiados trastazos, si es que su amabilidad se lo permite.

MOZO ¿Va como mensagerías, ó como equipajes?

VIZC. ¡Y yo qué sé!

SANTOS El señor sale mañana para Italia.

MOZO (A Santos.) Se puede facturar para Vintimille, y así el señor está seguro de encontrar los equipajes en la aduana.

VIZC. ¡Con qué tranquilidad se lo llevan! (A Boby.) Y á tí tampoco te conmueve ver cómo se destruye toda mi antigua tranquilidad. En este momento eres un perfecto egoista. (A uno de los Mozos, que se ha plantado delante de él y espera.) ¿Qué quiere usted?

MOZO (Mostrando la maleta sobre la que se ha sentado el Vizconde.) Esa maleta.

VIZC. Tómela usted. (Cuando el Mozo va á salir por el fondo, llevando el baúl.) Espere usted. ¿Es usted casado?

MOZO Sí, señor, señorito.

VIZC. ¿Y se alegra usted de haberse casado?

MOZO Sí, señor, señorito.

VIZC ¿Y por qué se alegra usted?

MOZO No lo sé, señorito.

VIZC. (A Bob-Boby.) No lo sabe. Este es el único sincero. (Al Mozo.) Váyase usted y continúe usted no sabiéndolo.

MOZO Sí, señor, señorito. (Sale.)

VIZC (A Bob-Boby.) El matrimonio y todas las grandes soluciones, son solución únicamente para los que no saben. (Se echa en la cama.)

BOBY No es por meterte prisa, pero va siendo tarde.

VIZC. (Sin moverse de la cama.) No tengas cuidado, que no empezarán si mí. (Ruido entre bastidores.—A Santos, que acaba de entrar.) ¿Quién está ahí?

SANTOS Es la señorita Dolly, que ha venido á buscar unas cosas que se había dejado olvidadas.

ESCENA IV

DICHOS y DOLLY

VIZC. ¡Ah! (Se levanta, abre la puerta de la derecha y llama.) ¡Dolly! ¡Dolly!

DOLLY (Apareciendo á la derecha.) ¿Qué quieres?

VIZC Dolly, entra un momento, que te vea. Hace mucho que no te he visto. Entra.

DOLLY (Entrando.) Me marchaba sin decirte nada. Creí que era más correcto.

VIZC (Mirándola.) ¡Cómo quiero yo á las mujeres, cuando hace tiempo que no las he visto! (Cogiéndole las manos.)

DOLLY ¡Pobrecito!

VIZC. Es extraño. ¡Cómo me conmueves hoy! Nunca me has conmovido tanto.

DOLLY Sin embargo, hemos pasado buenos ratos juntos.

VIZC. Cuando los pasábamos, yo no me daba cuenta de que eran buenos. Hasta me parecía que me estaba aburriendo. Y ahora, ahora empiezo á echarlos de menos.

DOLLY ¿Te acuerdas de nuestro viaje por España?

VIZC. ¡Que si me acuerdo! A los dos días tenía unas ganas terribles de volver á París. Hacía mal.

DOLLY No sabías apreciar tu dicha.

VIZC. Si ahora volviese á emprender ese viaje, me divertiría, de seguro.

DOLLY Sí; pero... ya... Dicen que tu novia es muy guapa.

VIZC Sí es muy guapa; pero no más que tú. Y ade-

más tiene un gran defecto, que tú no has tenido nunca. Será la mujer obligatoria.

DOLLY Me venías á ver cuando tenías ganas de verme.

VIZC. Y á ella la veré á todas horas.

DOLLY No te has aburrido nunca conmigo.

VIZC Me comprendías.

DOLLY Y además no tenías la obligación de quererme.

VIZC. Sabía que estabas atada á mí; que yo no estaba atado á tí. Y ese era el mejor lazo entre nosotros.

DOLLY ¡Pobre Triplepatte!

VIZC. Se acabó Triplepatte. Prisionero para toda la vida.

DOLLY No digas eso.

VIZC. Sí. Dentro de una hora, Triplepatte en la cárcel

DOLLY Si lo sientes tanto, no te cases. (Bob-Boby le da un codazo.) ¿Por qué me empujas?

BOBY ¿Te he empujado yo?

VIZC. ¿Te ha empujado?

BOBY ¡Yo! ¡Que te he empujado yo!

DOLLY Claro que sí; me has empujado.

BOBY Te digo que no te he empujado.

VIZC. Sí, la has empujado y de sobra sé por qué. Porque estais todos muertos por casarme. Y ella viene á estorbaros dándome buenos consejos.

BOBY Tú mismo dices que es demasiado tarde para volverse atrás.

DOLLY Pues yo digo que nunca es tarde para deshacer lo que no está hecho.

VIZC. Tienes razón. Siempre está uno á tiempo de deshacer lo que no ha hecho.

BOBY Piensa un poco en la incorrección que sería...

DOLLY ¿Y si por miedo á ser incorrecto se hace desgraciado para toda la vida?

VIZC. Tienes razón, tienes razón.

DOLLY Hijo mío, en este asunto no debes hacer caso más que de tí mismo.

BOBY (Leyendo lo que ha escrito.) Bendecirá el matrimonio el...

VIZC. No te apresures á dar la noticia, que toda-

vía no sé qué resolución voy á tomar. (Le quita el papel.)

BOBY — No nos faltaba más.

DOLLY — Piénsalo bien.

SANTOS — El baño del señor está listo.

VIZC. — Tomaré el baño. Eso no compromete á nada (A Dolly.) Adiós, por si no nos volvemos á ver. (Retirando la mano que le había alargado.) No; prefiero no despedirme de tí. Me da tristeza... Además... todavía no estoy casado. (Entra en el cuarto de baño.)

BOBY — (Bajo á Santos.) ¿Sabe usted si Boucherot sigue en la taberna de enfrente?

SANTOS — Sí, señor, allí está.

BOBY — Baje usted á decirle que suba en seguida.

SANTOS — Sí, señor. (Sale.)

BOBY — (A Dolly.) ¿A qué vienes tú á contarle historias, con el trabajo que nos ha costado decidirle?

DOLY — A mí qué me importa. Le he dicho que lo piense bien, como le hubiese dicho otra cosa.

BOBY — Es que á él no se le puede decir nada. Buena la has hecho.

DOLY — ¡A mí qué me importa! Yo no tengo motivos para desear que se case; al contrario, si se casa pierdo un buen amigo.

ESCENA V

BOB-BOBY, DOLLY, BOUCHEROT, después el VIZCONDE

BOU. — (Entrando. Viene vestido con un gran sobretodo, completamente nuevo y exageradamente largo.) ¿Qué quieren ustedes? ¿Qué pasa?

BOBY — Pasa que esto va muy mal. Ya no quiere casarse. Esta señorita ha venido á contarle no sé qué historias.

BOU. — (A Dolly.) ¿Qué le ha contado usted?

DOLLY — Nada. Es que al pobre muchacho le fastidia casarse, y que ustedes le quieren casar á la fuerza.

BOU. Todo lo hace á la fuerza. ¿A usted quién le da vela en este entierro?

DOLLY ¿Y á usted?

BOU. Eso á usted no le importa.

DOLLY De sobra entiendo sus razones de usted. Y después de todo no me importa. ¡Preferiría que no se casase, pero si ustedes quieren, que se case! ¡Por mí á la iglesia! ¡y andandito! ¡y deprisa! ¡Que se case, que se case, ea! Valientes tipos. (Sale muy enfadada.)

VIZC. (Desde el cuarto de baño.) Santos, Santos: el agua está demasiado caliente. ¡Santos! (Entra envuelto en una bata de baño.) ¡Ah! Boucherot. Qué elegante está usted. ¿Es de usted todo ese gabán? Lo peor del caso es que tiene un aire inrompible. Va usted á tener que pasarse dentro de él cinco años lo menos.

BOU. (Severo.) ¿Sabe usted qué hora es?

VIZC. No, ni ganas.

BOU. (Poniéndole el reloj delante.) Apenas le queda á usted media hora para vestirse é ir á la alcaldía.

VIZC. (Malhumorado.) ¡Media hora! Me quedan semanas, años. Acaso ha hecho usted mal, Boucherot, en encargarse ese gabán magnífico para la fiesta de mis bodas. ¡Todavía no me he casado!

BOU. Señor Vizconde: estoy hablando en serio.

VIZC. Esta es la primera vez de mi vida que me he puesto serio. Acabo de darme cuenta de que estaba loco. Iba á embarcarme en un asunto serio sin la debida reflexión... ¡Quiero reflexionar!

BOU. (Furioso.) ¡Media hora antes de ir á la alcaldía! ¡Está bien, señor Vizconde, yo también reflexionaré y sin tardar mucho!

VIZC. ¿Qué le pasa á usted?

BOU. ¡Que ya estoy harto! He trabajado por usted con toda solicitud.

VIZC. Interesada.

BOU. Bueno; solicitud interesada. No hay muchas solicitudes de otra clase, y las que no son *interesadas* suelen no ser eficaces. Admitamos que he tenido interés en quedarme

tranquilo al procurar la tranquilidad de usted. Pero ahora.. si no hace usted lo que debe... si no hace usted lo que debe... no lo consentiré, señor Vizconde.. Trabajo me costará apelar con usted á medios de rigor, porque le quiero á usted de veras, señor Vizconde...

VIZC. Ya, ya.

BOU. Crea usted lo que guste; le quiero á usted y todo lo que suceda no será culpa mía, sino suya. No habrá usted querido servirse del medio de salvación que se le ofrece... y es el único.

VIZC. (Sentado delante de la mesita.) ¡Ya lo sé! Ya sé que si me caso, mi tía la Canonesa pagará mis deudas, y no tendré apuros de dinero. Pero en cuanto deje de tenerlos, no me acordaré de que no los tengo, y no seré más feliz por haber dejado de tenerlos: en cambio tendré mujer.

BOU. ¡Tendrá usted mujer! ¿Y qué? Hará usted como los demás; acabará usted por resignarse. (Se sienta frente al Vizconde.) Voy á decirle á usted una cosa en confianza: no conozco á la mujer con quien va usted á casarse, pero de seguro es menos fastidiosa que la mía; me atrevo á afirmarlo.

VIZC. ¿Qué dice usted?

BOU. Aquí para *inter nos*, tengo la mujer más insoportable del mundo; y ya ve usted. No soy desgraciado. Estoy muy contento. Cuando no es uno libre, dice: ¡Oh, la libertad, la libertad! ¡Y cuando la tiene uno, no sabe qué hacer con ella! Más vale tener compañía, aunque sea mala, que estar solo. Acuérdese usted de esto que le digo, señor Vizconde: No hay más que una cosa esencial en la vida; y es tener tranquilidad perfecta, tranquilidad material. No tiene usted más que alargar la mano para conseguirla. ¡No vacile usted, canastos! Ya verá usted que todo lo demás siempre tiene arreglo.

VIZC. (Levantándose.) Bueno. Voy á ver si se ha enfriado el agua del baño.

BOU. ¿Y se vestirá usted inmediatamente para ir a la alcaldía?

VIZC. ¡Lo veremos! (Se dirige al cuarto de baño.)

BOU. (Aparte, á Boby.) ¡Se casará!

ESCENA VI

BOUCHEROT, BOB-BOBY, EUGENIA, el VIZCONDE y SANTOS

SANTOS (Entrando.) Aquí está la señora madre política del señor Vizconde.

VIZC. (Cerca de la puerta del cuarto de baño.) ¿Qué me quiere? Todavía no estoy en sus garras. Que espere una hora. Eso de venir á despertar al reo una hora antes de la ejecución, es una falta de tacto.

BOU. Tiene usted que recibirla.

VIZC. Vendrá con su amabilidad insoportable. Me llamará Roberto. Ea, voy á tomar el baño. Arréglense ustedes con ella como puedan. (Entra en el cuarto de baño.)

EUG. (Entre bastidores.) Soy su nueva madre. Estaba segura de que me recibiría, puesto que soy su nueva madre. (Entra.) ¿Dónde está? (A Bob Boby.) He venido corriendo para prevenirle de algo muy urgente. Los príncipes están en Noruega.

BOBY ¡Ah!

EUG. Sí. Y en vista de ello los recién casados no irán á Italia, irán á Noruega. Vengo á decírselo al Vizconde.

BOU. (Aparte.) ¡Y le va á dar un gusto!

EUG. (A Bob-Boby.) Es una ocasión única para presentar su mujercita á los príncipes, ¿verdad?

BOU. Sí, pero los baules acaban de salir para Italia. Y además, más valdría no alterar demasiado los proyectos del señor Vizconde.

BOBY Sí, creo que valdría más dejarle tranquilo. Se alegra mucho de ir á Italia. No le envíe usted á Noruega.

BOU. No le envíe usted á Noruega.

EUG. Entonces que vayan á Noruega pasando por

Italia. ¡Ah! Y además traigo otra noticia, que le va á interesar. El Arzobispo consiente en bendecir el matrimonio, á pesar de su ataque de gota. Me ha escrito. Oigan ustedes. (Saca una carta.) «Tendré una gran satisfacción en implorar las bendiciones del cielo para la unión de estos dos interesantes jóvenes, nueva prenda de alianza entre dos familias: rica la una por sus antigas virtudes, y la otra por sus bienes terrenos.» Lo he dicho siempre. No hay como el alto clero para escribir.

BOBY Y que tiene más mérito de lo que parece. Si usted supiera el trabajo que cuesta el escribir, señora. Los que no han escrito nunca en un periódico no pueden figurárselo. Es lo que me pasa á mí con este suelto. La palabra matrimonio se empeña en repetirse cada medio renglón.

EUG. Procure usted que sea lo más largo posible. En estas cosas no importa lo que dice el artículo, sino lo que ocupa. (Buscando con la vista.) ¿Pero dónde está?

BOU. (Sacando al Vizconde, siempre en bata de baño.) Aquí le tiene usted.

EUG. (Al Vizconde.) ¡Al fin, Roberto!

VIZC. (Aparte.) Ya pareció aquello.

EUG. (Señalando á Boucherot.) Preséntеme usted á ese caballero.

VIZC. (Asombrado.) ¿Quiere usted que le presente á Boucherot?

EUG. Tendré mucho gusto.

VIZC. (Presentándole.) El señor Boucherot, un amigo á quien he proporcionado negocios bastante remuneradores.

EUG. ¡Roberto, qué feliz va usted á ser! Va usted á hacer el más hermoso de los viajes.

VIZC. (Escéptico.) ¡Oh, Italia!

EUG. Y Noruega.

VIZC. ¿Cómo Noruega?

EUG. Sí. Los príncipes están en Noruega. En viaje, los príncipes se dejan abordar más fácilmente. Puede uno tomar los mismos trenes que ellos, organizar una ascensión el mis-

mo día al mismo pico de la misma montaña.

VIZC. (Mirándola fijamente.) ¡Ah!

EUG. Además traigo una noticia que le va á interesar á usted mucho. El señor Arzobispo consiente en bendecir el matrimonio.

VIZC. ¡Ah!

EUG. Soy muy feliz, Roberto.

VIZC. (Aparte.) Si me vuelve á llamar Roberto, la llamo Eugenia.

EUG. ¿Ha recibido usted noticias de la Baronesa, Roberto?

VIZC. No, Eugenia.

EUG. (Sorprendida y encantada.) ¡Oh, qué amable es usted! Es usted demasiado amable, Roberto. Deje usted que le abrace.

VIZC. (Aparte, mirando al cielo.) Esta mujer es imposible.

ESCENA VII

DICHOS y la BARONESA

SANTOS (Entrando.) Señor Vizconde, la señora Baronesa.

BOU. Que pase.

VIZC. No me faltaba más.

EUG. (A la Baronesa que entra.) ¡Ay, querida amiga! (Abrazos, efusiones.)

BAR. Querida amiga. Buenos días, señores. ¡Ay, queridísimo, qué día tan feliz! ¡Y pensar que todo esto es obra mía! ¿Todavía no te has vestido?

VIZC. Sí. Es decir, no del todo.

BAR. Vamos, vamos.

VIZC. (Haciéndole signos con la cabeza de que se acerque.) Oiga usted, Baronesa.

BAR. ¿Qué pasa?

VIZC. (En voz baja.) No me quiero casar.

BAR. ¿Qué dices?

VIZC. (Refiriéndose á Eugenia.) No quiero ver más á esa mujer.

BAR. (Mirando á Eugenia.) ¡Qué tontería! Ya te irás acostumbrando.

EUG. (Acercándose.) Roberto.

VIZC. (Furioso.) ¡Señora!

EUG. Eugenia. (El Vizconde la mira un instante, y después la vuelve la espalda bruscamente.) Es extraño. Cualquiera diría que le molesto.

BAR. No. La quiere á usted mucho. Le es usted muy simpática. Pero más vale que se vaya usted.

EUG. ¿Usted cree?...

BAR. Cuanto antes mejor.

EUG. ¿Viene usted conmigo?

BAR. No. Creo que todavía tengo que hacer aquí.

EUG. Me marcho. En la Alcaldía, dentro de un momento. Esta noche la comida de gala. Mañana, la boda en la iglesia. Estoy horriblemente atareada. Pero en mi elemento. Hasta la vista. Hasta ahora, Roberto.

BAR. (Haciéndola salir.) Sí, sí. Hasta ahora. (Sale Eugenia.)

VIZC. (En el colmo de la exasperación.) Quiero cambiar de nombre. No quiero ser yerno de esa mujer. Mi estado de salud no me lo permite. No, señora. No, Boucherot. Tengo escrúpulos. Esa familia cree que estoy sano, y estoy muy enfermo. Cometo una mala acción entrando á formar parte de esa familia.

BAR. ¿Qué estás diciendo ahí?

BOU. Está usted muy bien. Todo eso son pretextos.

VIZC. Hoy no me siento bien. Estoy enfermo. Cuando está uno enfermo no se casa. Verán ustedes cómo lo dice el médico. Santos, Santos, llama por teléfono al doctor. No; por teléfono, no, que te vas á encontrar con mi tía. Corre á su casa, enfrente.

BAR. Sí. Dígale usted que venga en seguida, que es para un caso muy urgente, muy grave.

VIZC. (Echándose en la cama.) Hago esta última prueba por complacer á ustedes. No dirán ustedes que no pongo de mi parte todo lo que puedo. Si el médico cree que puedo casarme, sin peligro para mí, y sin deslealtad

respecto á esa joven me inclinaré, iré á casarme sin entusiasmo, pero iré.

BAR. Por si dice que sí, podías irte vistiendo mientras llega. Anda.

VIZC. Hasta eso voy á hacer por ustedes. Voy á vestirme. Voy á dar una prueba aplastante de mi buena voluntad. Voy á vestirme. (Se levanta.) Aquí está el traje. Pantalón, chaleco, levita... No hay corbata. Ya lo ve usted, Boucherot La vida es una continua lucha. No hay corbata. Naturalmente, no me voy á casar sin corbata. (Se vuelve á echar.)

BAR. Yo te encontraré una.

VIZC. Verdad es que el incidente tiene poca importancia, porque el Doctor me encontrará muy mal y me prohibirá casarme.

BAR. (Abriendo un mueblecito en el cual se ven corbatas.) ¡Aquí hay corbatas!

VIZC. Son del año pasado.

BOU. Esta está muy bien. (Enseña una corbata encarnada.)

VIZC. Boucherot, nunca hemos coincidido en ideas, ni sobre las corbatas, ni sobre los gabanes.

SANTOS (Entrando.) Señor Vizconde, aquí está el Doctor.

ESCENA VIII

DICHOS y el DOCTOR

DOC. (Entrando.) ¿Qué pasa? Me mandan á llamar á toda prisa. ¿Qué ocurre?

VIZC. Doctor, estoy muy malo.

DOC. En efecto; no tiene usted muy buena cara.

BAR. (Aparte.) ¡Qué va á decir este hombre!

BOU. (Aparte.) ¡No se casará!

DOC. Estaba usted mucho mejor la última vez que le ví

VIZC. Claro, las comidas absurdas de casa de mi novia. Ya sabía yo que esas gentes acabarían por matarme.

DOC. Ya veo, ya veo lo que le hace á usted falta.

VIZC. La soledad, el campo, la quietud...

DOC. Y el matrimonio. Sobre todo el matrimonio.

TODOS ¡¡El matrimonio!! ¡¡El matrimonio!!

VIZC. Silencio. (Al Doctor.) Pero el matrimonio me va á fatigar mucho.

DOC. Todo lo contrario.

VIZC. Admitamos que el matrimonio me siente bien.

DOC. ¡Seguramente!

VIZC. Admitido. Pero, ¿no debo tener escrúpulos en entrar á formar parte de una familia estando tan mal de salud?

DOC. No hay escrúpulo que valga. Está usted un poco fatigado y nada más. En cuanto se case usted, se cura.

BAR. Naturalmente.

VIZC. Mi sastre, á quien he consultado acerca del matrimonio, me ha respondido con frases hechas. Uno de los mozos de la estación...

BAR. ¡Oh, esas gentes...!

VIZC. Esas gentes no reflexionan.

DOC. Y hacen muy bien. Más vale no reflexionar, que reflexionar á medias. Usted no reflexiona nunca bastante; así es que más le vale no reflexionar nada.

BAR. Deja que reflexionemos por tí las personas razonables.

VIZC. (Resignado.) Tengo confianza en el Doctor, y me aconseja que me case.

DOC. Decididamente.

VIZC. (Sentado en la cama.) Me parece que acabaré por casarme.

BAR. Son las cuatro y media. ¿Sabes?

DOC. Mi enhorabuena. Y me marcho, que me están esperando. (Se despide y sale.)

BOU. Yo vuelvo á mi puesto.

BOBY (A la Baronesa.) No le deje usted.

BAR. Sí, sí. Estoy tranquila. Márchense ustedes.

(Boucherot y Boby salen por el fondo.)

ESCENA IX

El VIZCONDE y la BARONESA

BAR. ¡Ay, hijo mío! ¿Sabes que cuesta trabajo conseguir tu felicidad? Vamos, vístete.

VIZC. (Levantándose.) ¿Y no tiene usted remordimientos? ¿No piensa usted siquiera un minuto en la responsabilidad en que incurre?

BAR. ¿Qué responsabilidad? Te caso con una mujer deliciosa.

VIZC. Demasiado deliciosa para mí. ¿Qué quiere usted que haga con ella? Baronesa, usted, que fué amiga de mi familia, que me ha conocido tan niño...

BAR. Hijo mío, es preciso que te hable seria y profundamente. No tienes padres que te aconsejen. Considérame como una... hermana mayor. Quiero que seas feliz. ¿Lo entiendes?

VIZC. Sí que lo entiendo, pero no lo seré.

BAR. ¿Por qué dices eso? ¿Qué temes?

VIZC. Todo. En primer lugar, diga lo que quiera el Doctor, yo no estoy en estado de soportar todas las fatigas del matrimonio.

BAR. ¡Pero si no tendrás que fatigarte! Tienes una idea absurda del matrimonio; idea de soltero. ¿De qué te va á servir fatigarte? No te creas obligado á fatigarte por cortesía con tu mujer; al contrario, te aconsejo que te fatigues lo menos posible.

VIZC. ¿Cree usted...?

BAR. Con una niña como Juanita las palabras valen más que los hechos.

VIZC. Es que las palabras me cansan también.

BAR. Es que no necesitas ni hablarla á menudo.

VIZC. ¿Entonces?

BAR. Con sonreir basta.

VIZC. ¿Y si es sentimental?

BAR. Apriétale la mano de cuando en cuando. (Con sentimiento.) Ya te veo dando con ella, en un hermoso país de sol, encantadores pa-

seos en ccche. Le cogerás la mano... (Cantando.)

«Tu mano entre las mías...»

(Hablado.) Y entre tanto piensas en otra cosa.

VIZC. ¿En qué?

BAR. En nada. (Le da el pantalón.) Toma. Vístete.

VIZC. ¡Qué influencia tiene usted sobre mí!

BAR. ¡Te vas á desnudar delante de mí! Voy á esperarte aquí.

VIZC. No; ahí no; entre usted aquí.

BAR. Te doy un cuarto de hora; ni un minuto más. (Entra por la puertecita á la izquierda de la cama.)

VIZC. Hay que casarse. Es el único modo de verme libre de ella.

BAR. ¿Qué haces?

VIZC. Me estoy quitando la bata.

BAR. Más deprisa, más deprisa.

VIZC. ¡Qué ganas debe tener usted de sus acciones de ferrocarriles!

BAR. No me gustan esas bromas. No te quedan más que diez minutos.

VIZC. Si me apura usted mucho, me acuesto.

BAR. Vamos, vamos, vamos.

VIZC. (Cierra con llave la puertecita por donde ha entrado la Baronesa.) ¡Dios mío! ¡Qué mujer! ¡Ajajá! ¿Dónde están las botas?... ¡Lo que hay que luchar en la vida para cualquier cosa! ¡No voy á ir á casarme descalzo! ¡Santos! ¿Dónde estás? Se habrá ido á tomar unas copas con Boucherot. ¡Santos!

ESCENA X

DICHO, la CONDESA DE CREVECOEUR é IRENE

CREV. (Entrando como un torbellino, con Irene de la mano.) ¡Llego á tiempo!

VIZC. ¡Mi otra novia!

CREV. ¡Roberto! No contesta usted á mis cartas. No responde usted cuando le llamo por teléfono. Vengo á dar un paso decisivo. Vengo á verle á usted por última vez, con la pro-

metida á quien usted abandona, con la última Crevecoeur. (A la niña.) Dile á tu primo de Houdan quién eres.

IRENE ¡Soy la última Crevecoeur!

CREV. ¿Oye usted? Si esto no le conmueve es que ha perdido usted verdaderamente todo sentimiento de familia y de raza. ¿Dí, quién debe casarse con la última Crevecoeur?

IRENE ¡El último Crevecoeur!

CREV. No; el último de Houdan. ¡Es un compromiso!... ¿De qué?

IRENE Es un compromiso... ¿de qué?

CREV. Si lo sabes, niña. Si me lo acabas de decir. Un compromiso de ho...

IRENE ¡...nor!

CREV. ¡Muy bien! ¿Oye usted lo que dice esta niña? Va usted á darle un grandísimo disgusto ¿Quién quiere usted que se case con ella después de esto? No quiero que mi hija sea una víctima del amor.

VIZC. ¡Aun tiene tiempo de consolarse!

CREV. ¡Por última vez!

BAR. (Dentro.) ¡Abre, abre!

CREV. ¿Quién está ahí?

VIZC. ¡Un gendarme!

CREV. ¡Venga usted conmigo!

VIZC. ¡Imposible!

CREV. ¡No se casará usted con esa joven!

VIZC. Usted perdone. Me está esperando el baño. (Entra en el cuarto de baño y cierra las cortinas La señora Crevecoeur quiere entrar detrás de él.) ¡No entre usted! ¡Me estoy desnudando!

CREV. (Furiosa.) Esto es intolerable. No se puede sufrir. (A la niña.) ¡Pobre hija mía! ¡Abandonada! (Le da un meneo.) ¡No juegues con eso! ¡Estate quieta, no te rías de lo que te digo! ¡Oh, miserable... miserable! ¡Llegó la hora de emplear los grandes recursos! (Abre la puerta del fondo y llama.) Fritz, venga usted. (Un gran lacayo aparece.) Coja usted ese traje y esas botas. ¡Deprisa! (El lacayo se lleva todo y sale.—A la niña.) ¡Pobre hija mía! (La coge de la mano.) ¡Pobre hija mía, abandonada! (Se la lleva.)

ESCENA XI

El VIZCONDE solo, después LA CABEZA DE LA BARONESA

VIZC. (Sacando la cabeza entre las cortinas del cuarto de baño.) ¡Se ha marchado! Bueno. Ahora tengo que casarme con la otra: es la única manera de quitarme á esta de encima. (En la ventana de la izquierda.) *¡Good bye, Condesa, good bye!* ¿Qué es lo que se lleva ese lacayo? ¡Mi traje! ¡Se lleva mi traje! ¡Y todos los demás se han ido en los baules. ¡Caso de fuerza mayor! ¡Caso de fuerza mayor!

BAR. (Sacando la cabeza por el tragaluz.) ¡Cómo! ¡Desgraciado! ¡Te acuestas! ¡Todo el mundo está esperando! Son las cinco, ¿sabes?

VIZC. Caso de fuerza mayor. (Se acuesta tranquilamente.—Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La sala de matrimonios de una alcaldía de París. A lo largo de la pared de la derecha, la mesa del Alcalde. Sillones y bancos para los invitados. En el fondo, una ventana que abre sobre el vestíbulo. Puertas al fondo, en segundo término, y á la derecha é izquierda, en primer término. Al levantarse el telón, numerosos invitados, parecen esperar. Ruido. Los hombres miran el reloj.

ESCENA UNICA

UGIER, HERBELIER, EUGENIA, JUANITA, TERESA, BOB-BOBY, SEÑORA 1.ª, MARGARITA, el ALCALDE, LUCÍA, un JOVEN y una PARIENTA DE PROVINCIA

UGIER — Supongo que el novio no tardará en llegar. Ya se ha retrasado bastante. El señor Alcalde ha dicho que quería empezar á la hora en punto. Está en el despacho y empieza á impacientarse.

SRA. 1.ª — (A la Parienta de provincia.) ¿Entonces se vuelve usted á marchar mañana?

PARIENTA — Sí. París no me gusta en esta estación. Hay demasiados extranjeros. No está una en su casa. El tiempo justo para ir á ver al modisto.

SRA 1.ª — Sí, ¡qué bonito sombrero lleva usted!

PARIENTA — No es muy propio para una boda. Me lo había encargado para ir al teatro.

HER. — Me parece que el Vizconde se retrasa.

EUG. No, no. Es que nosotros hemos venido antes de la hora.

HER. Ya es tarde.

TER. (Acercándose á Juanita.) ¿Estás contenta, Juanita?

JUA. No lo sé. Me parece que soy una pobre emigrante que se marcha muy lejos de su país. Todo el mundo me abandona: papá, mamá; ¿qué voy á hacer yo con ese marido?

TER. Puede que te quiera.

JUA. No digas eso. Si supiera que me iba á querer, estaría mucho más asustada. Mi único consuelo es que no me quiere, que me dejará pronto sola.

EUG. Juanita, estoy muy inquieta. Hace ya media hora que ha pasado la hora. No comprendo porque no llega el Vizconde.

JUA. Acabas de decirme que estaba preparándose para venir.

EUG. Le he visto hace un rato en su casa. Es extraño que se retrase.

JUA. Ya vendrá, ya vendrá. (A Teresa.) ¿Crees que será posible que no venga?

TER. ¡Mujer, por Dios!

JUA. Sentiría que le hubiese pasado algo grave. Pero un accidente chiquitito, una torcedura en un pie.

TER. Nunca sería más que un retraso.

JUA. ¡Un retraso! Ahora me contentaría con ocho días.

UGIER (Entrando.—A Eugenia.) Señora, hace media hora que ha llegado el señor Alcalde, y ya me ha preguntado muchas veces si estaban ustedes todos. Tiene invitado á cenar en su casa de campo al señor Prefecto del Sena, y le están esperando.

EUG. El señor Vizconde va á llegar en seguida.

PARIENTA (Acercándose á Eugenia.) Me parece, señora, que mi primo se retrasa.

EUG. Yo creo que no.

PARIENTA (A Eugenia.) ¿Le habrá sucedido algo?

EUG. No, no. Va á llegar en seguida.

PARIENTA Es que ya son las cinco y media.

EUG. ¿Ya? (Haciendo monerías.) ¡Cómo pasa el tiem-

po! (A Bob-Boby.) ¡Ay, amigo mío, todavía no ha llegado el Vizconde! ¿Dónde estarà la Baronesa?

BOBY Debe estar en casa de Roberto.

EUG. Si preguntásemos por teléfono...

BOBY. Inútil. Siempre tiene el aparato descolgado.

EUG. Empiezo á estar inquieta. (A Juanita.) Estoy muy inquieta.

JUA. Ya vendrá. No te apures. Ya vendrá.

HER. (A Eugenia.) Sé por experiencia que el Vizconde huye de las reuniones mundanas; pero no creí que llegase á este punto.

EUG. (Molesta.) ¡Qué ingenioso eres!

HER. Voy á fumar un cigarro. (Sale por la puerta de la derecha y Juanita le sigue.)

PARIENTA (A la Señora 1.ª) Son las seis menos cuarto.

SRA. 1.ª Por lo menos; esto va á ser un matrimonio con antorchas. Yo que dentro de un cuarto de hora tengo que estar en casa del dentista.

JOVEN Y yo que he dejado mi partida de tennis y tengo un hambre...

MARG. Tranquilícese usted. Hay un lunch soberbio preparado en casa de los Herbelier.

JOVEN Un lunch que está á punto de convertirse en cena.

LUCÍA Tengo un hambre ..

TER. No puedo más. Yo creí que ibamos á merendar á las cinco.

PARIENTA Y yo que para prepararme no había almorzado casi nada.

JOVEN Voy á buscar algo que comer en la calle. Sí no encuentro pasteles, traeré panecillos.

LUCÍA Eso es.

SRA. 1.ª Traiga usted muchos.

PARIENTA Si encuentra usted algún fiambre, un pastel de ternera..

LUCÍA Foie gras. (Un joven sale por el fondo.)

UGIER (A Eugenia.) Señora, el señor Alcalde desea hablar con usted.

ALC. (Apareciendo à la derecha. A Eugenia.) Señora, lo siento mucho, pero voy á tener que marcharme. Tengo que tomar el tren de las cinco y cincuenta y seis.

EUG. Señor Alcalde, cinco minutos más. Se lo su-

plico á usted. El Vizconde va á llegar en seguida.

ALC. (De mal humor.) Señora es muy desagradable. Ustedes son los que han señalado la hora. Tengo invitado á comer en mi casa de campo al señor Prefecto del Sena.

EUG. Se lo suplico á usted.

ALC. ¡Qué le vamos á hacer! Otro día será.

EUG. (Angustiadísima.) Señor Alcalde se han repartido tres mil invitaciones para la ceremonia religiosa de mañana.

ALC. Crea usted, señora, que he puesto de mi parte cuanto he podido. Son las seis menos cuarto, y dentro de cuatro minutos, me veré obligado... obligado... Crea usted... absolutamente obligado. (Sale.)

MARG. (A Eugenia.) Está usted muy agitada. Es la emoción.

EUG. Nos sucede una cosa terrible. El Vizconde no llega, y el Alcalde se tiene que marchar. Por Dios. No se lo diga usted á nadie. (Se aleja.)

MARG. Descuide usted. (A la Señora 1.ª que pasa á su lado.) ¡Ay querida! Eugenia está apuradísima. El novio no llega y el Alcalde se quiere marchar.

SRA. 1.ª ¿Es posible?

MARG. Por Dios, no se lo diga usted á nadie.

SRA. 1.ª Descuide usted. (A la Parienta de provincia) ¿Sabe usted lo que pasa? Pero no se lo diga usted á nadie. El Vizconde no llega y el Alcalde se acaba de marchar.

PARIENTA Va á ser un escándalo espantoso. (Va á comunicar la noticia á otras personas.)

UGIER (Entrando. A Eugenia.) Señora, el Alcalde se va.

EUG. No me atrevo á detenerle más. (A Margarita.) No sé qué hacer.

MARG. El Vizconde llegará en seguida.

EUG. Pero el Alcalde ya se habrá marchado. (Mirando á la concurrencia.) ¿Y qué voy á hacer con todas esas gentes? ¿Por qué no se impacientan y se marchan?

MARG. No se marcharán, no. Hay algunas que están comiendo.

EUG. ¿Comiendo?

MARG. Habrá que dirigirles un discurso.

EUG. Eso nunca.

MARG. (Señalando al Joven que aparece en el fondo con los bolsillos llenos de provisiones.) Y ese niño que llega con víveres. Ahora son capaces de estarse aquí hasta las diez de la noche.

UGIER (Entrando. A Eugenia.) El señor Alcalde acaba de marcharse. Es preciso que ustedes se vayan también.

EUG. Permita usted que nos quedemos aquí. Le aseguro á usted que no se arrepentirá.

UGIER Todas las oficinas cierran á esta hora y hay que cerrar también esta sala.

MARG. (A Eugenia.) Hay que decir algo á esta gente.

EUG. ¿Y qué les voy á decir yo?

MARG. Déjeme usted á mí. Ya verá usted qué bien lo arreglo. Les hablaré de circunstancias imprevistas, les diré que se ve usted obligada á aplazar sus proyectos... que además no estaba por completo decidido...

EUG. No les diga usted eso.

MARG. Tranquilícese usted.

EUG. Haga usted lo que quiera. Yo no sé. En sus manos me pongo.

MARG. (Subiendo al tablado detrás de la mesa del Alcalde.) Eso es.

EUG. ¡Dios mío, Dios mío!

MARG. Señoras y caballeros. (Nadie se mueve. Todos continúan hablando y comiendo pasteles. Ella golpea sobre la mesa. Los concurrentes se vuelven poco á poco.) Señoras y caballeros. Un acontecimiento imprevisto... (Bajo á Eugenia.) Todos están comiendo. (Alto.) No es más que un aplazamiento sin importancia. En fin, pueden ustedes marcharse cuando gusten. (Todos se miran espantados y nadie se mueve.)

EUG. (A Margarita.) No se van. (Una pausa.) ¿Pero qué hacen ahí? (Pausa.) ¿No tienen nada que hacer en su casa? Yo no me puedo marchar antes que ellos.

MARG. Es que ninguno se atreve á marcharse el primero. Anímelos usted.

EUG. ¿Cómo?

MARG. Póngase usted junto á la puerta.

EUG. ¿Usted cree?...

MARG. Sí. Yo saldré la primera, dándole á usted la mano, y detrás de mí se irán los demás.

EUG. Bueno.

MARG. Querida amiga, se hace muy tarde y... Ya sabe usted que la quiero mucho.

BAR. (Entrando seguida del Vizconde y Boucherot. El Vizconde viene en traje de dormir, envuelto en el gran sobretodo de Boucherot, con sus zapatillas coloradas. Boucheaot á cuerpo) Aquí está, aquí está. Nos hemos retrasado un poco.

BOU. Mi pañuelo... En el bolsillo...

BAR. Estaba encerrada en su cuarto. Boucherot ha venido á sacarme. Se habia acostado. Le hemos puesto el gabán de Boucherot.

PARIENTA ¿Qué ha sucedido?

BAR. Nada de particular. Un ligero retraso.

PARIENTA (Mirando al Vizconde de pies á cabeza.) ¿Tiene los pies malos?

BAR. No. ¿Por qué?

PARIENTA Ese calzado...

BAR. Es un calzado... rojo.

PARIENTA Ya lo veo, ya. Vengo del fondo de mi provincia. Verdad es que había oído decir que aquí se casaban las gentes de chaquet. Pero nunca creí que se llegase á eso.

BAR. ¡Oh, para la Alcaldía! Lo ha hecho apropósito. Es para dejar bien sentado que sólo el matrimonio religioso tiene importancia. Ya verá usted cómo se viste mañana para ir a la iglesia.

UGIER Aquí está el señor Alcalde. Le he alcanzado cuando subía al coche. (El Alcalde entra.) ¡El señor Alcalde!

ALC. Señora, hago por usted un gran sacrificio. Tengo convidado á comer al señor Prefecto del Sena y voy á llegar á mi casa á las diez de la noche. Vamos deprisa; el Código. Pronto, pronto.

UGIER Señoras y caballeros, siéntense ustedes. Caballero, tenga usted la bondad de ocupar su puesto.

ALC. ¿Dónde está el novio? ¿Dónde está el novio?

BAR. Aquí está.

ALC. ¿Está en zapatillas? ¿Está usted en zapatillas?

BAR. Sí. Es decir, no son precisamente zapatillas.

UGIER (Al Vizconde.) Caballero, tenga usted la bondad de sentarse.

ALC. Antes de proceder á las preguntas usuales, conforme á la ley, daré lectura á los artículos del Código relativos al matrimonio. Libro primero, capítulo cuarto. Artículo 212: Los esposos se deben mutuamente fidelidad, auxilio, asistencia.

BAR. (Con exclamación.) Y amor.

ALC. Artículo 213: El marido debe protección á su mujer. La mujer obediencia á su marido.

BAR. ¡Qué parejita!

ALC. Artículo 214: La mujer está obligada á habitar con su marido, á seguirle en todos los lugares donde él crea conveniente residir. El marido está obligado á proporcinarle todo lo necesario para la vida, según sus facultades y su estado.

BAR. ¿No tiene usted frío, Boucherot?

BOU. Tengo fiebre.

BAR. ¡Qué largos son todos estos preliminares! ¡Qué largos!

UGIER Señoras y caballeros, pónganse ustedes en pie.

ALC. Leopoldo Julián Juan Herbelier, ¿consiente usted en el matrimonio de su hija Juana Clementina María Herbelier, con Roberto Hércules Rolando, Vizconde de Houdan?

HER. Sí, señor Alcalde.

ALC. Eugenia Celeste Herbelier, ¿consiente usted en el matrimonio de su hija Juana Clementina María Herbelier, con Roberto Hércules Rolando, Vizconde de Houdan?

EUG. Sí, señor Alcalde.

ALC. Roberto Hércules Rolando de Houdan, ¿consiente usted en tomar por esposa á la señorita Juana Clementina María Herbelier, aquí presente?

BAR. Sí, sí, sí. Ha dicho que sí, señor Alcalde.

ALC. Señora, haga usted el favor. Roberto Hércules Rolando de Houdan, consiente usted en tomar por esposa á Juana Clementina María Herbelier?

VIZC. (A la Baronesa.) Déjeme usted en paz. Señor Alcalde, usted dispense. Así de repente me es imposible contestar que sí.

ALC. ¡Esto es inconcebible! Ya me va faltando la paciencia. Acabemos de una vez. ¡Sí ó no! Bien. Vuelva usted cuando esté decidido.

VIZC. Está muy bien, señor Alcalde.

ALC Señora. Comprenderá usted que me retire. Los asuntos de esta índole, siempre son molestísimos. (Aprovechando la confusión, el Vizconde sale corriendo.)

EUG. ¡Por Dios, señor Alcalde!

PARIENTA ¿Y me has obligado á hacer un viaje para presenciar esto?

EUG. ¡Señor Alcalde!

ALC. No, señora, no. Esto ya es demasiado.

BAR. Pregúnteselo usted otra vez.

ALC. No, señora, me marcho. ¿Está decidido á responder?

BAR. Sí sí. Está decidido. Siéntense ustedes. Siéntense ustedes. ¡Qué susto!

ALC. ¿Dónde está?

JOVEN Ha salido por aquí.

SEÑ. 1.ª Atraviesa la calle corriendo.

BOBY Se detiene. Vacila. ¡Eh, Triplepatte!

BAR. No le llame usted. No le llame usted.

BOBY Ya ha echado á correr otra vez.

BOU. En cuanto ha oído que le llamaban.

BAR. No ha debido usted llamarle.

ALC. ¡Vámonos!

BAR. ¿Por qué le ha dejado usted marchar?

BOU. Estaba .. estaba mirando al Alcalde.

BAR. Estaba... estaba mirando al Alcalde. ¿Es que ha venido usted aquí á mirar al Alcalde?

JUA. ¡Qué contenta estoy! ¡Qué contenta estoy!

BAR. No llores, no llores. ¡Ya tengo otro! (Telón.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Una galería de cristales en un hotel de Niza. En la cristalería, un buzón para cartas; á través de los cristales de la galería se ve el jardín del hotel. En el fondo, á la derecha, salón de lectura. Mesas, sillas y sillones. Al levantarse el telón la Baronesa Pepin y d'Avron están sentados en primer término, á la derecha.

ESCENA PRIMERA

La BARONESA y AVRON

AVRON — Si... no digo que no. Los Herbelier tienen su lado bueno.

BAR. — Sabe usted que están en Niza, en este mismo hotel. Han llegado esta mañana. Es decir, la niña con su padre; la mamá no llegará hasta esta tarde.

AVRON — Han pasado estos días en su casa de campo para ocultar la afrenta.

BAR. — ¡Qué dice usted! No tiene ninguna afrenta que ocultar.

AVRON — Usted puede decir lo que quiera, porque es usted muy amable; pero la verdad, me fastidia bastante eso de ir á pedir la mano de una joven quince días después de lo que usted sabe.

BAR. — ¡Así se escribe la historia! Es verdad que en el último momento, Houdan, un muchacho que me ha dado un chasco tremendo, ¡en

fin! por algo le llaman ustedes Triplepatte, no se ha decidido á pronunciar el «sí», pero es porque sabía de sobra que la niña iba á responder que no.

AVRON Sí, señora, sí; cuéntelo usted como mejor le parezca; pero yo que conozco á Triplepatte...

BAR. Yo también le conozco por desdicha.

AVRON La única razón que hubiera podido obligarle á decir que sí, es pensar que la novia iba á decir que no.

BAR. Sabe usted más que yo.

AVRON Pero que más da. De sobra sé que no soy una proporción extraordinaria.

BAR. ¡Vamos! Con un nombre como el de usted, con sus relaciones, con...

AVRON Váyales usted con esas á la familia Herbelier; ojalá lo crean, porque lo que es yo, no lo puedo creer.

BAR. De sobra sabe usted lo que vale.

AVRON Sí, sí; pero me falta mucho para valer tanto como el Vizconde.

BAR. No tiene usted necesidad de decirlo.

AVRON De sobra sé que si esa familia de elefantes (Movimiento de la Baronesa.) consiente en acogerme en su seno, es porque la niña en cuestión, se encuentra en el presente momento histórico moralmente... comprometida por un escándalo reciente.

BAR. Tiene usted una manera de decir las cosas, que estremecen.

AVRON ¡Estremézcase usted!

BAR. ¡Cuando se le pide á un hombre que diga sí ó no, es porque tiene derecho á decir que no! Además se equivoca usted si se figura que la familia lo ha sentido ni poco ni mucho.

AVRON Se toma usted conmigo mucho trabajo inútil.

BAR. Mi mayor alegría consistirá en asegurar la felicidad de usted.

AVRON Estamos de acuerdo. En marcha.

BAR. ¡En marcha! Está usted completamente desprovisto de poesía.

ESCENA II

DICHOS y BOB-BOBY

BOBY — Buenos días, señora. ¡Adiós, Avron! (Le da la mano.) Estoy haciendo la lista de los nuevos que llegan.

AVRON — No está mal. Me pones detrás de... Triple-patte: Roberto de Houdan, Beltran de Avron. ¡Lista completa de los yernos sucesivos del Elefante blanco!

BAR. — ¿Cómo? ¿Está aquí Roberto?

BOBY — Acaba de llegar de Italia; porque tengo que decir á ustedes que salió de París hace quince días para correr en busca de sus maletas que habían facturado para Roma.

BAR. — De modo que ha tenido que hacer, después de todo, el viaje de boda que tanto temía... ¡y sin mujer!

AVRON — Puede que le haya gustado más así.

BAR. — Eso lo dirá con la boca chiquita.

BOBY — ¿Saben ustedes lo que le ha sucedido con su otra novia?

BAR. — ¿Con la chiquilla de seis años?

BOBY — Le ha dado calabazas.

AVRON — ¡Cómo!

BOBY — Sí; la mamá ha encontrado para su niña una proporción mucho mejor que Roberto: un duque de tres meses de edad; se le ha llevado á su casa con el ama de cría y dentro de dieciocho años le casará con Irene.

AVRON — Es una mujer perseverante.

BOBY — Si quieren ustedes venir al paseo de los Ingleses, puede que encuentren ustedes al Vizconde.

BAR. — ¡Gracias! no quiero nada con él, no le conozco. ¡Qué horrible criatura!

BOBY — ¿Vienes, Avron?

BAR. — (Mirando hacia la derecha, entre bastidores.) No se marche usted. Veo venir á alguien qu le interesa á usted mucho.

AVRON — (Mirando á la derecha.) ¡No! Más vale que me

vean lo menos posible. ¡Me fío más de la elocuencia de usted que de la mía! (Sale con Bob-Boby por la izquierda. La Baronesa hace señas con su sombrilla hacia la derecha.)

ESCENA III

La BARONESA, HERBELIER, JUANITA y un CRIADO del hotel.

JUA. (Entrando, bajo á su padre.) ¡Mira la Baronesa! Vámonos, papá, vámonos que todavía está empeñada en casarme. Ya sé que no te gusta contradecir á nadie, pero si te habla otra vez de boda, papaíto querido, dile que no. Como lo dices pocas veces, puede que le haga efecto.

BAR. ¡Muy bien, muy bien! Están ustedes aquí desde hace no sé cuántas horas, y no dan señales de vida. Buenas tardes, Herbelier.

HER. Buenas tardes, señora.

BAR. Buenas tardes, Juanita.

JUA. Buenas tardes, señora. Papá, me voy al salón de lectura, porque estoy muy cansada. Hasta la vista, señora.

BAR. Sí, sí, ¡á descansar, á descansar! (Cogiéndola de la mano.) No puedes figurarte cuánto me alegro de lo que ha sucedido. ¡Tendría un remordimiento grandísimo si fueses la mujer de esa horrible criatura! ¡Qué chasco me ha dado! ¡Y qué suerte el habernos podido volver atrás á tiempo! ¡Me quita el sueño sólo pensar que hubieras podido casarte con él! (Con vehemencia.) ¡Casarte con él! Cuando hay por el mundo tantos galantes caballeros, tan elegantes, tan valientes, tan gallardos! Uno de esos es el que nos hace falta. El caballero digno de tí... y voy á encontrarle... le encuentro... le he encontrado.

JUA. Gracias, señora. Hasta la vista, señora. (Entra en el salón de lectura.)

ESCENA IV

La BARONESA y HERBELIER

BAR. ¡Lo que yo quiero á su hija de usted! Estoy decidida á hacerla feliz, cueste lo que cueste.

HER. Sí, es usted muy amable con ella. ¿Pero no le parece á usted que valdría más dejarla respirar un poco?

BAR. (Conmovida.) No, amigo mío. Créame usted á mí. Ya sabe que soy su mejor amiga, y hasta qué punto me interesan los intereses de ustedes. Es absolutamente necesario borrar la impresión de lo ocurrido hace quince días. Es un asunto muy desagradable.

HER. Yo creo que no tiene tanta importancia.

BAR. Es usted un filósofo, amigo mío.

HER. No señora, no soy filósofo. Soy como casi todo el mundo. No pienso en nada. Las cuestiones filosóficas no interesan más que para hablar brillantemente en un salón ó en una playa. Pero cuando está uno solo, para qué va á pensar.

BAR. Bueno. Tengo que hablarle á usted de un proyecto admirable. ¿Quiere usted que se lo cuente en dos palabras, mientras damos un paseíto por el muelle?

HER. Es que tengo que ir á la estación á buscar á mi mujer.

BAR. Yo le acompañaré á usted.

HER. Entonces no llevo á la niña. (A la puerta del salón de lectura.) Juanita, voy á la estación á buscar á tu madre. No, no. Quédate aquí. Más vale que descanses. La Baronesa viene conmigo.

BAR. Tal vez le gustaría venir con nosotros.

HER. Sí, pero acaso le guste más quedarse.

BAR. Entonces, no insistamos. (Salen.)

ESCENA V

BOB-BOBY, después el VIZCONDE seguido por dos mozos que llevan sus baules

BOBY (Entrando.) Voy á llevar mi crónica al correo. ¿Habrá llegado alguien más desde esta mañana? (Entran el Vizconde y los mozos.)

BOBY ¿Qué pasa?

VIZC. Boby, de buena me he librado. Figúrate que estaba en el Gran Hotel y me entero de que la Baronesa está también allí. En vista de lo cual me vengo á éste.

BOBY ¿A éste? Te librarás de la Baronesa, pero te encontrarás con otras personas conocidas. Entre ellas la familia Herbelier.

VIZC. (A los mozos.) Vuelvan ustedes á llevar eso al ómnibus, y vámonos á la estación. Me marcho. (Los mozos retroceden.)

BOBY En la estación te vas á encontrar con tu ex-suegra.

VIZC. (A los mozos.) Alto ahí. (Los mozos se separan.) Síganme ustedes No, más vale que no. Vuelvan ustedes á cargar los baules en el ómnibus y váyanse á la estación, dando un rodeo largo. ¡No quiero que vea ni mis baules! Yo voy á la estación á pie por el boulevard. (A Bob-Boby.) ¿Por qué tren llega?

BOBY (Sacando el reloj.) Debe estar aquí dentro de media hora.

VIZC. Entonces no necesito darme prisa: aun no estoy en peligro.

BOBY Tanto más cuanto que el papá Herbelier y su niña deben haber bajado á la estación.

VIZC. A ellos no les tengo miedo. El papá ha tomado el asunto con una indiferencia admirable. Y la joven... Lo que me molesta en toda esta historia es que he sido bastante incorrecto.

BOBY ¡Esa sí que es buena! ¿Te preocupa ahora ser incorrecto? Nadie lo diría.

VIZC. Y sin embargo es así. Me gustaría que al-

guien se acercase á esa joven y me disculpase con ella. Además, si la encuentro algún día, me disculparé yo... yo mismo.

BOBY (Que está á la puerta del salón de lectura y mira por los cristales.) Pues si la quieres ver no necesitas andar mucho. (Se acerca al Vizconde.) Ahí la tienes... está escribiendo.

VIZC. (Yendo hacia la derecha.) Entonces me marcho. (Se detiene.) ¿Dices que está ahí? (Vuelve á subir hasta el fondo.)

BOBY ¡Mira! Viene hacia aquí. ¿Te quedas? (Sale por la derecha. El Vizconde vacila y después le sigue. Juanita aparece con unas cartas en la mano y se dirige al buzón. En el momento de echar las cartas, ve al otro lado de la cristalería al Vizconde, que se detiene y la saluda. Ella responde con una ligera inclinación de cabeza; después se dirige á la derecha y se sienta junto á una mesita. Durante este tiempo se ve á través de los cristales de la galería al Vizconde, que se aleja; vuelve, mira á Juanita de lejos, se vuelve á alejar, vuelve á acercarse, se detiene un momento; después toma una resolución, entra por la puerta de la galería y se dirige hacia Juanita.)

ESCENA VI

El VIZCONDE, JUANITA; después BOB-BOBY

VIZC. Señorita. (Juanita vuelve la cabeza hacia él.) Me alegro mucho de encontrar á usted... Deseaba... Y hubiera ya debido hacerlo... Deseaba hace largo tiempo expresar á usted todo lo que me pesa haberme portado... como me he portado. Tengo que darle á usted mil disculpas, pero á decir verdad no se me ocurren, porque lo que hice no puede disculparse.

JUA. (Sencillamente.) No estoy ofendida con usted.

VIZC. Pero lo estoy yo, señorita, sí, conmigo mismo, por haberle hecho á usted... no digo esa ofensa, porque está usted muy por encima de ella, sino... en fin... porque... debo explicarle á usted... Permita usted que empiece

por decirla que tengo un genio desesperante. Ahora que ya no somos novios, puedo hablarle á usted francamente. Soy un hombre de una debilidad extraordinaria. No puedo decidirme nunca. Me dejo arrastrar hasta el momento decisivo, y una vez en él, reflexiono... y huyo.

JUA. Comprendo muy bien lo que á usted le pasa. Usted siquiera tiene el valor de huir. Pero yo ni siquiera esa energía tengo. Usted en la alcaldía no dijo usted que sí. Se atrevió usted á no decir que sí. Pero si usted lo hubiera dicho, yo nunca hubiese tenido el atrevimiento de decir que no. ¿Y qué hubiera sucedido á estas horas? Que á estas horas estaríamos casados. Ya lo ve usted, usted es el que ha salvado la situación. (Sinceramente.) Es hermoso, hermoso lo que ha hecho usted. ¡Ay, cuesta tanto trabajo resistir á los que le empujan á uno!

VIZC. ¡Oh, la tiranía de las gentes! La Baronesa que estaba empeñada en hacer mi felicidad.

JUA Y la mía.

VIZC. No debería estar permitido atentar de ese modo contra la libertad del prójimo. Además, ¿de qué les sirve á esas gentes ser déspotas, si después de todo no consiguen llevarle á uno hasta el fin? Su autoridad, en nuestra historia, no les ha servido para nada.

JUA. Más que para hacernos pasar unas cuantas semanas de noviazgo, terribles; ¿no le ofende á usted que le diga eso? ¿Verdad?

VIZC. No, porque así se lo puedo decir yo á usted también.

JUA. Si hubiésemos sabido... si hubiese yo sabido que le fastidiaba á usted tanto hacerme la corte...

VIZC. Pero no se conoce uno, y por cortesía se atormenta uno mutuamente. ¡Cuántos malos ratos hubiéramos podido evitarnos si nos hubiésemos hablado... naturalmente!

JUA. Pero no nos hablábamos... naturalmente.

VIZC. Como nos teníamos que hablar por fuerza.

JUA. Era espantoso... ¡Es terrible tener que vio-

lentarse de ese modo para hablar con la gente!

VIZC. Y para sostener la conversación. Era pesadita, ¿verdad?

JUA. Pesada é inútil. (Los dos se echan á reir.)

VIZC. ¿De modo que si yo no hubiese hablado con usted, usted no se hubiese ofendido conmigo?

JUA. ¿Ofenderme? Se lo hubiera agradecido á usted infinito.

VIZC. (Mirándola.) ¡Qué agradables son las personas con quienes no hay que hablar por obligación! ¿De modo que á usted no le gusta la conversación?

JUA. (Muy sincera.) ¡La aborrezco! ¡No me gusta hablar! ¡Ni que me hablen!

VIZC. (Volubilidad.) Es tan bueno callarse. ¡Y pensar que hay personas que hablan con una facilidad!... (Interrumpiéndose.) Es curioso; hace un rato que estamos hablando y no me había enterado.

JUA. (Amablemente.) Porque está usted hablando... sin violentarse.

VIZC. Es verdad. Estoy hablando con usted... naturalmente. Así es tan agradable hablar como callarse.

JUA. Si lo hubiésemos sabido cuando éramos novios, hubiéramos podido pasar buenos ratos.

VIZC. No hace falta que seamos novios para pasarlos. ¿Quién nos impide vernos de cuándo en cuándo y charlar como ahora?

JUA. Sería muy difícil.

VIZC. ¿Por qué?

JUA. ¡Qué diría la gente!

VIZC. ¡Qué nos importa á nosotros la gente!

JUA. ¿Y mamá?

VIZC. Su mamá de usted menos. (Juanita hace un mohín.) Usted perdone.

JUA. Además, dentro de poco no lo consentirá mi marido, porque... sabe usted... ya están pensando otra vez en casarme.

VIZC. ¡Ay, no! Con una vez basta. Usted no consentirá que la casen.

JUA. ¡Qué remedio!

VIZC. ¡No consienta usted. Yo la ayudaré á usted. ¿Se ríe usted? (Juanita se ríe.) Pues le aseguro á usted que no tratándose de mí, soy capaz de una gran energía. No lo he probado nunca, pero estoy seguro de tenerla. No consienta usted una vez más, porque se expone usted á que le cojan la palabra. No todos los novios tienen el valor de escaparse de la Alcaldía; el que ahora le propongan á usted dirá que sí, usted no se atreverá á decir que no y figúrese usted las consecuencias.

JUA. (Resignada.) ¡Qué quiere usted, tarde ó temprano, tiene una que acabar por casarse!

VIZC. ¿Qué significa esa resignación pasiva, esa falta de voluntad? No, no puedo tolerarlo.

JUA. ¿Dice usted que no puede tolerar...?

VIZC. No, señora. Me opondré á la boda con todas mis fuerzas. No me lo agradezca usted, porque no será abnegación sino egoísmo... Sí, egoísmo, porque sentiría mucho... muchísimo... no poder pasar con usted de cuándo en cuándo un ratito de conversación... como la de hoy.

JUA. ¡Ay! A pesar de todo tendré que casarme.

VIZC. Haga usted lo que yo, quédese usted soltera.

JUA. Sí, sí. ¡Qué diría mamá! No me atrevería nunca á desobedecerla. Y se le ha metido en la cabeza tener yerno con título.

VIZC. (Iluminado por una idea súbita.) Sería raro... pero...

JUA. ¿Qué?

VIZC. Sería raro, ¡pero tendría gracia!

JUA. ¿Qué?

VIZC. (Mirándola.) ¿Qué le parecería á usted si ahora...?

JUA. (Comprendiendo.) Ya no es posible.

VIZC. ¿Quién lo ha dicho?

JUA. Lo dirá todo el mundo.

VIZC. Hemos quedado en que no nos importa.

JUA. No me atreveré nunca.

VIZC. Ni yo tampoco; pero nos atreveremos: porque ahora somos dos; ¡representamos una fuerza considerable! Y además... Yo no me

separo de usted. ¡No quiero volver á separarme de usted!

JUA. ¿Tiene usted voluntad suficiente?

VIZC. No puedo separarme de usted. No es voluntad. Es fatalidad. Sería absurdo que ahora nos separásemos. (Mirándola con éxtasis.) He encontrado la única mujer que no me molestará nunca. Usted ha encontrado el único hombre que la dejará en paz. Pasaré horas y horas con usted, sin saber si hablo ó si me callo. Cuando vengan á fastidiarnos y á imponernos voluntades ajenas, seremos dos para resistir.

JUA. ¿Y cuando haya que tomar una resolución?

VIZC. No nos asustaremos... porque podremos tomarla entre los dos. (Más en serio.) Y además... No sé... No he estado nunca tan satisfecho como al lado de usted. ¡Estoy más contento! El caso es que he dicho: «La amo á usted» á bastantes.. señoras que no me causaban tanta impresión. (Pausa; la coge la mano.) No me da usted miedo... esta es la primera vez que siento una fuerza que me impulsa y me siento feliz al obedecerla... ¿No le pasa á usted lo mismo que á mí? (Pausa.) No se atreve usted á responderme... Dígame usted un sí.... un sí chiquitito... Me contento con una inclinación de cabeza... (Con emoción.) Con que me apriete usted la mano... (Juanita inclina la cabeza y se vuelve tapándose los ojos.) ¿Llora usted? ¡Juanita! ¿Por qué llora usted? ¡Yo que estaba tan contento!

JUA. (Volviéndose á mirarle y enjugándose las lágrimas.) Tampoco yo estoy triste.

BOBY (Entrando.) Que te están esperando los baúles.

VIZC. (Volviéndose hacia Bob-Boby.) ¡Este Boby! Nunca le he querido tanto. (A Juanita.) ¿No le parece á usted que es muy simpático?

JUA. ¡Muy simpático!

BOBY ¡Muchas gracias! Es usted muy amable, señorita.

JUA. Hoy me va á parecer todo el mundo simpático.

BOBY Siendo así, gracias por todo el mundo.

JUA. Encuentro simpática hasta á la Baronesa que viene por allí.

VIZC. (A Juanita.) ¡La Baronesa! Preséntame usted á ella. (Se retira un poco.)

BOBY (A Juanita.) Viene con su papá de usted y su mamá viene detrás con otro caballero.

ESCENA VII

DICHOS, la BARONESA, HERBELIER. Después EUGENIA y el ALCALDE

BAR. (Entra con Herbelier sin ver al Vizconde; á Juanita.) ¡Está aquí nuestra niña! ¡Encantadora! ¡He pensado en ella; he hablado á su papaíto (Con intención.) me he ocupado de su felicidad!

JUA. (Con tonito resuelto.) Yo también, señora.

HER. (Sorprendido.) ¿Tú... también?

JUA. Sí, papá: si te traigo un novio, ¿le aceptarás como aceptas los que te ofrecen los demás? (A la Baronesa.) Señora voy á presentarle á usted á mi prometido.

BAR. ¿Tú?

JUA. (Presentando al Vizconde que se ha puesto á su lado.) El señor Vizconde de Houdan.

BAR. ¡Caballero!

JUA. Mi novio... ¡y mi amigo!

BAR. ¡Y el mío!

EUG. ¡Juanita! ¿Sabes con quién he hecho el viaje? ¿Te acuerdas del señor Alcalde del séptimo distrito? ¡Qué es esto! ¡Qué veo! ¡El señor Houdan al lado de mi hija!

JUA. Sí, mamá; para siempre.

EUG. ¡Qué significa esto!

BAR. Significa que á pesar de todo hemos conseguido lo que nos proponíamos.

EUG. ¡Roberto! (El Vizconde da un respingo.)

JUA. ¡Roberto!

VIZC. Señor Alcalde: hace quince días me hizo usted una pregunta muy importante. Le pedí á usted tiempo para reflexionar; he reflexionado y respondo: ¡Sí, señor Alcalde!

JUA. Yo también. ¡Sí, señor Alcalde!

HER. Sí, ¡señor Alcalde!

EUG. Sí, ¡señor Alcalde!

BAR. Sí, ¡señor Alcalde!

ALC Perfectamente; pero aquí no estoy autorizado para recibir todos estos *síes*. ¿Están ustedes decididos á repetirlos en otra parte?

TODOS ¡Sí! ¡sí! ¡sí! ¡sí! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les facilite.